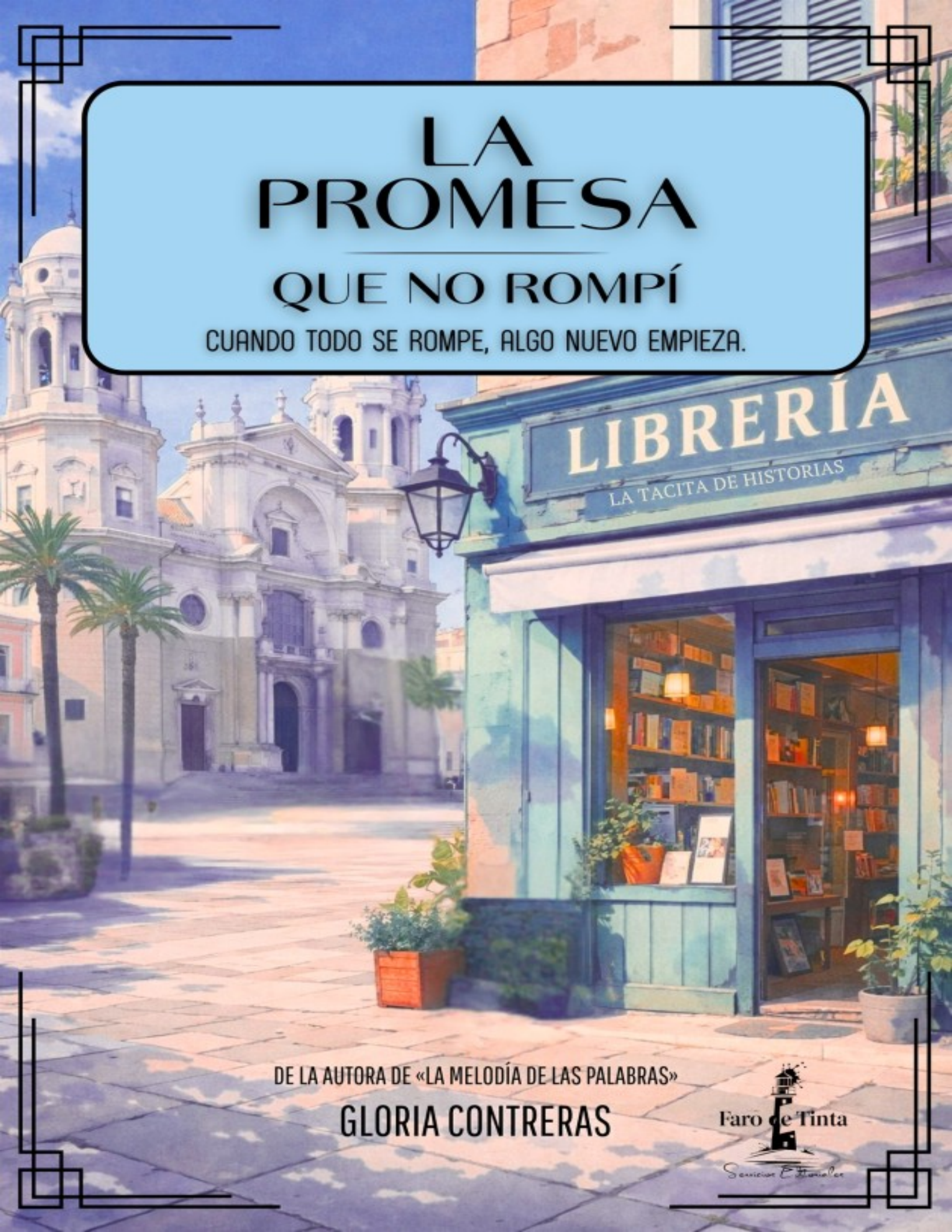
LA PROMESA QUE NO ROMPÍ

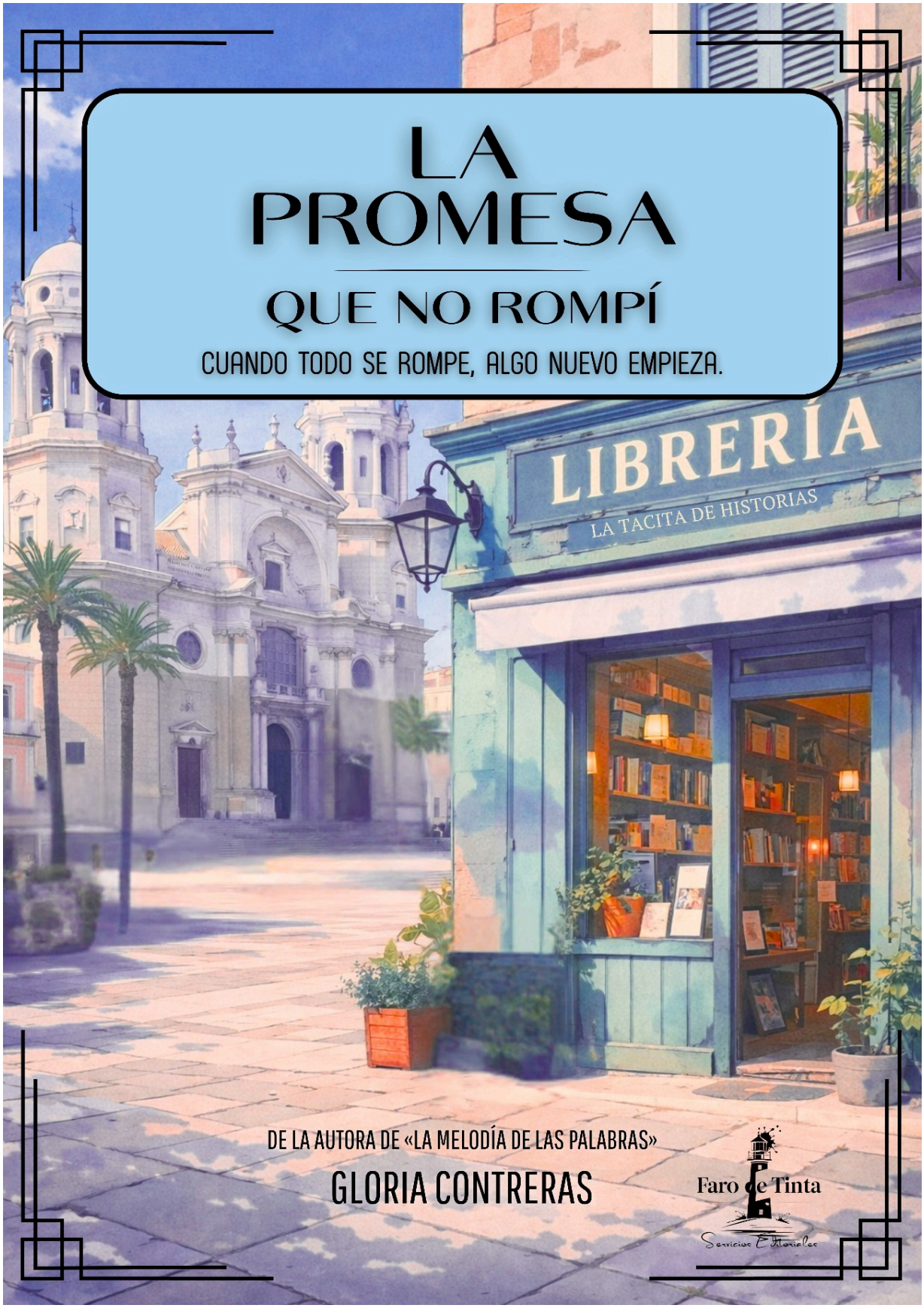
CUANDO TODO SE ROMPE, ALGO NUEVO EMPIEZA.



DE LA AUTORA DE «LA MELODÍA DE LAS PALABRAS»

GLORIA CONTRERAS

Faro de Tinta


LA PROMESA
QUE NO ROMPÍ
CUANDO TODO SE ROMPE, ALGO NUEVO EMPIEZA.
LIBRERÍA
LA TACITA DE HISTORIAS
DE LA AUTORA DE «LA MELODÍA DE LAS PALABRAS»
GLORIA CONTRERAS
Faro de Tinta
Servicios Editoriales

Copyright © 2026 Gloria Contreras Galdeano.

Autor: Gloria Contreas

Corrección de estilo: Gloria Contreras Galdeano.
Maquetación: Gloria Contreras Galdeano.
Edición: Faro de Tinta Servicios Editoriales.
Diseño de Cubierta: Gloria Contreras

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Fecha de Edición: Febrero 2026

A todos los que dijeron que nunca sería escritora.
Ahora, cerrad el libro y la boca.

PRÓLOGO

El Puerto de Santa María.

Andy

Jimena estaba sentada frente a mí, con las manos rodeando una taza de té caliente. El anillo de compromiso brillaba en su dedo izquierdo. Lo había elegido yo. Aún no me acostumbraba a verlo ahí, como la promesa hecha realidad.

Una vez yo me había terminado mi café, fui al fregadero a dejar la taza. Mirando por la ventana, respiré hondo y le dije sin rodeos.

—Te he sido infiel.

El silencio duró quince interminables segundos, en los que casi retiro lo dicho. Casi.

—¿Qué? —susurró ella, soltando suavemente su taza en la mesa.

La miré, sintiendo que le estaba robando algo.

—No puedo casarme contigo —continué—. No después de esto.

El silencio en ella era insoportable. No hubo gritos, ni lágrimas, ni insultos. Era una dama hasta cuando tenía todo el derecho a dejar su educación a un lado y partirme la cara.

—¿Cuándo? —preguntó.

Tragué saliva.

—Hace unos días.

No dije nada más. No dije «no lo recuerdo», no dije «desperté sin memoria» o «no sé si pasó», porque decirlo habría sido abrir una puerta que no quería que ella cruzara jamás.

Para ella, la duda habría sido peor que la certeza.

CAPÍTULO 1|
PARÍS NO TE BORRA

París, 3 meses después.

Jimena.

París siempre huele a amor, incluso en los corazones rotos.

Estoy sentada en el sofá de mi pequeño apartamento, con una taza de té caliente entre las manos. El vapor se eleva y se pierde, igual que me perdí yo hace tres meses.

Fuera, el cielo está gris. Dentro, suena una canción que debería haber dejado de escuchar, «Quiero perderme en tu cuerpo» de David Bisbal.

Su voz llena el salón y me atraviesa como si supiera exactamente dónde duele.

Cierro los ojos.

Andy la ponía siempre, en. En casa mientras cocinábamos, en el coche… decía que era nuestra canción, que hablaba de nosotros. La primera vez que me la dedicó fue el día que me prometió que me esperaría, que esperaría por mi toda la vida.

Fue la canción que bailó conmigo el día que cumplí 18 años, en la caseta del jardín de sus padres. Me hizo soplar una vela en una magdalena que él había cocinado para mí. El día que me dio mi primer beso.

Ahora bailo sola. O, mejor dicho, no bailo. Me quedo quieta, dejando que el recuerdo me golpee sin defensa.

Han pasado seis meses desde que todo se rompió. Desde que, sin rodeos, me dijo que me había sido infiel. Desde que destrozó en dos frases la vida que yo ya imaginaba con su apellido al final del mío.

Y aun así, aquí estoy. Escuchando «nuestra canción», como si pudiese traer todo de vuelta. Como si el dolor fuese la única forma que me queda de sentirlo cerca.

Doy un sorbo al té, está amargo. Da igual, me he acostumbrado a las cosas así.

El anillo ya no está en mi dedo, pero a veces siento su peso. Como si la piel tuviese memoria. Como si mi mente no aceptase que todo eso ya no existe.

«Idiota», me digo a mí misma.

Me levanto y camino hasta la ventana. Desde aquí veo los tejados de la ciudad, las chimeneas, las vidas de otros que siguen adelante. Vine para empezar de nuevo, o es o me dije. Cambiar de ciudad, de idioma, de rutina… como si los sentimientos cambiasen con un cambio de escenario.

Pero no fue así, Andy vino conmigo, en la memoria, en cada canción que no he tenido el valor de borrar.

Apoyo la frente en el cristal frío.

No lo he olvidado, no sé si lograré hacerlo, o si, realmente quiero hacerlo.

Porque olvidar significaría que lo nuestro terminó de verdad. Y hay una parte de mí, la más débil y estúpida, que sigue esperando que suene el teléfono y escuche su voz diciendo que todo era mentira, que regrese, que me sigue queriendo.

La canción termina, el silencio es todavía peor.

Vuelvo al sofá. Dejo la taza en la mesa. Me siento y me abrazo a mí misma como si así pudiese ocupar el hueco que él dejó.

Andy me rompió el corazón, pero yo sigo alimentándolo con su recuerdo.

Respiro hondo, no puedo seguir así todo el día.

Me levanto de un salto, voy a la entrada a ponerme las botas y el abrigo. Me miro rápidamente al espejo metiendo el móvil en el bolsillo.

«Sal, aunque sea para demostrarte a ti misma que puedes», pienso.

En cuanto piso la calle, París me envuelve con su ruido suave: pasos, voces en distintos idiomas, el murmullo constante de una ciudad que nunca para. El aire frío me despeja un poco.

Camino sin rumbo fijo, dejando que mis pies decidan.

Paso por calles estrechas, escaparates iluminados, cafés donde la gente charla y ríe.

Me detengo frente a una pastelería, el aroma dulce y caliente me hipnotiza y entro sin pensarlo.

Dentro todo es cálido: vitrinas llenas de *macarons* de colores, tartas que son obras de arte, pasteles que parecen sacados de un libro de recetas.

Me acerco al mostrador y pido un café y un *croissant* para llevar.

Mientras espero, siento que alguien me está mirando. Un hombre apoyado en una mesita alta, con una taza en la mano. De cabello negro, con una elegancia que le sale sin esfuerzo. Con esa forma tan francesa de mirar que parece sentir interés sin abordarte demasiado. Cuando nuestros ojos se cruzan sonríe.

-No eres de aquí —dice.

-Se nota mucho, ¿verdad? —sonrío por educación.

-Un poco, pero eso no es malo —se acerca—. Soy Olivier.

-Jimena.

-Jimena —repite él, despacio—. Es bonito. ¿Acabas de llegar a París?

-No, llevo aquí tres meses.

-Entonces estoy a tiempo de invitarte a un café. O a otro, cuando termines el tuyo.

La propuesta es sencilla, amable, no hay presión. Solo interés. Y, por un segundo, me pregunto cómo sería decir que sí. Dejarme llevar por la novedad, por alguien que no sabe de mí.

Pero en cuanto esa idea aparece, también aparece su rostro, su voz, nuestra canción.

Niego con la cabeza.

-Lo siento -digo-. No estoy en un buen momento.

Olivier no insiste, y eso lo agradezco.

-Entonces, deseo que el buen momento llegue pronto -responde con una sonrisa sincera-. París es mejor cuando se comparte.

Recojo mi pedido del mostrador.

-Gracias.

Antes de salir, siento que me sigue con la mirada. No me pesa, no me incomoda, pero tampoco me despierta nada.

En la calle doy un sorbo a mi café y sigo caminando.

Me doy cuenta de que no es que no quiera conocer a nadie, es que, en el fondo sigo siendo de alguien que ya no está.

Y no sé cuánto tiempo voy a tardar en dejar de serlo. Si es que dejo de serlo.

CAPÍTULO 2|
RAÍCES DE SAL

París, 10:00h.

Jimena.

El móvil suena cuando estoy en el sofá viendo «El hombre de la máscara de hierro» y con la mente en cualquier parte menos en la amante de Luis XIV diciendo que una mujer no conoce el amor, hasta que no conoce el amor de un rey…

«Que patada en el pecho te vas a llevar, guapa», pienso mientras le doy al pause y cojo el móvil.

Miro la pantalla, «papá». Algo me aprieta el pecho antes incluso de contestar.

-¿Sí?

-Jimena, hija…

Su voz no suena como siempre. Es un susurro, habla mas lento, como si cada palabra le costara un esfuerzo que intenta disimular.

-Hola papá, ¿pasa algo?

Silencio. Oigo su respiración entrecortada al otro lado de la llamada.

-Estoy en la librería.

Cierro los ojos.

La librería, nuestra librería. Ese pequeño local en una calle en el centro de Cádiz, con estanterías de madera oscura y olor a

papel viejo, donde crecí haciendo los deberes en un rincón mientras él ordenaba los libros y saludaba a los clientes.

-¿A estas horas? -pregunto-. Pensé que ya no abrías por las tardes.

-Hoy he venido a sentarme un rato -responde-. A despedirme, supongo.

El corazón me da un vuelco.

-Papá, no digas eso.

-No te asustes -se apresura-. No es nada inmediato. Pero el médico dice que tengo que bajar un poco el ritmo. Sabes que yo eso no sé hacerlo.

Me apoyo en la encimera con las piernas temblorosas, para no perder el equilibrio.

-¿Qué te ha dicho exactamente?

-Que el corazón no es eterno, mi niña. Y que no puedo seguir cargando cajas y pasando aquí el día entero como cuando tú eras pequeña.

Intento contener las lágrimas, hago un esfuerzo titánico por no romperme con él al teléfono.

-No quiero cerrar la librería, mi cerecita.

La palabra «cerrar», me atraviesa como un puñal ardiendo.

-No -digo con la voz entrecortada-. No tienes que cerrarla.

-Si, cariño -responde con una calma que me duele más que cualquier dramatismo-. No quiero que otra persona coja este local y lo convierta en cualquier cosa. Este local ha sido nuestra vida, cerecita. La tuya también.

Miro a mi alrededor. De repente me siento en un lugar prestado. No lo siento mío. No tiene nada que ver con aquel lugar donde aprendí a amar los libros, incluso antes de aprender a amar a alguien.

-Papá…

-No te llamo para pedirte nada…

Antes de que continúe, le interrumpo.

-¿Cuándo quieres que vaya?

-Cuando quieras, mi niña, pero no lo dejes mucho. Echo de menos verte entre estas estanterías.

Cierro los ojos. Me lo imagino allí, sentado en su vieja silla de madera, rodeado de libros como si fuesen un ejército silencioso velando por su seguridad.

-Lo organizo todo y vuelvo. Te quiero papá.

Cuando cuelgo, me quedo quieta mirando al infinito.

Volver a Cádiz, con mi padre y a la librería.

No había contemplado que esto pudiese pasar. No lo pensé cuando decidí huir. No estaba en mi intento de empezar de cero.

Pero hay llamadas que no entienden de planes, sino de origen.

Y la llamada de mi padre acaba de recordarme de donde vengo.

CAPÍTULO 3|
EL HOMBRE CULPABLE

El Puerto de Santa María, 20:00h.

Andy.

La casa huele a polvo y a pasado. A recuerdos.

Paso el trapo por la estantería sin demasiadas ganas, mirando de reojo las marcas de la pared donde colgaban los cuadros de mis padres. Todo está vacío. Los muebles cubiertos por sábanas blancas polvorientas, armarios abiertos que ya no guardan nada…

Estoy adecentando la casa para venderla.

La casa donde íbamos a vivir Jimena y yo.

Cada vez que lo pienso, algo me presiona el pecho.

Habíamos hablado de pintar la habitación en tonos claros, tirar el tabique de la cocina para que quedase el espacio abierto. De usar la habitación que yo ocupaba de pequeño para montar su biblioteca. Jimena siempre pensaba en sus libros, son su tesoro.

Ahora quiero borrar cualquier rastro de lo que pudo ser.

El timbre me arrastra de nuevo a la realidad, dejo el trapo en la estantería y voy a abrir.

Marcos está en la puerta con dos bolsas de papel en las manos y una sonrisa en el rostro.

—Traigo cena y cervezas —dice—. Porque me apuesto lo que quieras a que no has comido nada en todo el día.

—No hacía falta.

—Claro que si.

Pasa sin esperar respuesta y deja las bolsas sobre la mesa de la cocina. Saca dos hamburguesas enormes con patatas, una bandeja con nachos y guacamole y 6 botellines de cerveza.

—Como en los viejos tiempos —comenta.

Asiento, aunque los viejos tiempos parecen una vida pasada.

Nos sentamos.

Marcos abre dos botellines y me da uno.

—Por sobrevivir —Alza el suyo.

Brindamos y comenzamos a cenar en silencio. El ruido del papel al arrugarse llena el hueco que ninguno de los dos nos atrevemos a ocupar con palabras.

Marcos mira alrededor.

—Da pena verla así —da un sorbo a su cerveza—. Está como…

—Vacía —sentencio.

Marcos se encoge de hombros.

Muerdo la hamburguesa sin hambre. Sabe a carne, salsa, a algo que antes me habría encantado y lo habría disfrutado. Ahora todo me sabe igual.

—¿Te queda mucho aquí? —pregunta.

—Un par de semanas, luego volveré a mi apartamento.

—¿Y después?

No respondo al instante.

—Ya veré.

Marcos me observa en silencio, como si esperase algo más.

—¿Cómo estás? —da un sorbo a su cerveza.

La pregunta pesa.

—Bien.

Mentira. Pero es lo que siempre digo.

—Pues no lo parece.

—Todo lo bien que se puede estar cuando un hombre deja a la mujer con la que iba a casarse.

—Estás distinto. Pareces un cadáver andante.

Me encojo de hombros.

—He hecho algo indebido. Eso pasa factura.

Marcos se queda mirándome unos segundos en silencio.

—Tú no eres así.

Aprieto los labios.

—La gente se equivoca —doy vueltas al botellín.

—Si, pero…

—Pero nada —le interrumpo—. Metí la pata. Punto.

Doy otro sorbo a mi cerveza sin mirarlo.

—Andy, te conozco hace veinte años…

—¿Y qué? —Levanto la mirada del botellín.

—Aquella noche estabas mal, bebiste demasiado. Saliste a tomar aire, a llamar a Jimena, pero… —frunce el ceño— no recuerdo haber visto que te fueses con nadie.

—Puede que no te dieses cuenta.

—Puede.

—¿Te acuerdas de con quien te fuiste?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con una chica que estaba por allí.

—¿La conocías?

—No.

Marcos suspira.

—Esas cosas pasan… —se abre otro botellín.

Me mantengo en silencio.

No quiero hablar más de la cuenta. No voy a decir que hay un agujero en mi memoria. No voy a decir que no recuerdo lo que pasó. Eso me pertenece solo a mí.

—¿Por qué no intentas arreglarlo? —pregunta.

—Porque no se puede arreglar una traición.

No digo una «posible traición», no digo «es posible que no sucediera». Digo lo que me condena.

—Eres muy duro contigo mismo.

—Alguien tiene que serlo.

Seguimos comiendo.

—Oye —me abre otro botellín —. ¿Te acuerdas de cuando veníamos después de clase a hacer los deberes?

Miro a mi alrededor.

—Si, mi madre nos traía bocadillos y zumo de naranja del árbol que había en el jardín.

—Y te quedabas dormido sobre los apuntes —se ríe.

Esbozo una sonrisa amarga.

—Bebe, se te va a calentar —Señala mi botellín.

Doy un sorbo, no puedo evitar suspirar.

—¿Estás seguro de que quieres venderla? —me mira, ladeando la cabeza—. Podrías quedártela.

—No puedo vivir aquí.

—¿Por ella?

Asiento.

—Todo aquí habla de ella, y no quiero que esta casa se convierta en un museo de lo que pudo ser y no fue.

—¿Te has planteado hacer terapia? —se deja caer en el respaldo de la silla.

—No. Ya tomé mi decisión —comienzo a recoger la mesa.

—¿Cuál?

Lo miro.

—Ser culpable. Le prometí que sería suyo, que la esperaría toda la vida. Y desperté en otra cama. No me queda otra que cumplir mi condena. Y mi condena es vivir sin ella. Aunque me duela.

—No deberías ser tan duro contigo.

—Eso díselo a mi cabeza.

Terminamos de recoger y va hacia la puerta.

—Si necesitas algo, llámame.

—Gracias por la visita… y por la cena.

—Para eso estamos los amigos.

Antes de salir, se gira y me mira con una sonrisa.

—Cuídate, Andy.

—Lo intento.

Cuando se va, la casa vuelve a quedarse en silencio. Me siento en el suelo del salón apoyado en la pared.

Saco el anillo del bolsillo. Lo pongo en el suelo frente a mí.

—Lo siento —susurro.

No sé si se lo digo a ella, o al hombre que decidió cargar con la culpa sin intentar averiguar la verdad.

Hay recuerdos que vuelven a mi cabeza: una risa que no reconozco, un perfume dulce, unas sábanas que no eran las mías.

No sé si son reales.

Pero si sé algo: yo elegí creerlos.

Porque creerlos me daba una razón para no hacer que Jimena cargase con el peso de una duda que no le corresponde.

Miro a mi alrededor. Esta casa se va a quedar vacía. Como yo.

CAPÍTULO 4|
UN ESCAPARATE A OSCURAS

El Puerto de Santa María, 10:00h.

Andy.

Cierro la puerta de la casa de mis padres con más cuidado del necesario. Las llaves me pesan en la mano. Pesan porque ya no abren nada que sea mío. La casa está limpia, pintada, vacía. Lista para que otros entren y hagan de ella su hogar. Lista para ser el futuro de otros.

Me quedo unos segundos en la acera, respirando el aire húmedo de la periferia de esta ciudad por última vez. Luego abro la puerta del coche y me subo sin mirar atrás.

El trayecto a Cádiz se me hace relativamente corto porque llevo música puesta. Al llegar a la avenida bajo un poco la ventanilla y el aire salado me acaricia la cara. Parado en el semáforo junto al hospital Puerta del Mar cierro los ojos. Este olor siempre me ha parecido reconfortante, este olor tan particular que tiene esta ciudad.

La música sigue sonando, se me dibuja una sonrisa suave en el rostro. «Ahora te puedes marchar» de Luis Miguel. Mi mente viaja a ese día en que vi a Jimena por primera vez, a través de la cristalera de la librería de Gabriel, su padre. Un domingo cuando salía de misa con mis padres, ellos se detuvieron a charlar con unos conocidos. La canción sonaba a todo volumen, me asomé tímidamente al escaparate y ahí estaba ella, limpiando las estanterías bailando la canción. Tan bonita, tan inocente, tan pura.

El sonido de un claxon me despierta de mis recuerdos.

«Dos meses sin estar en esta ciudad y se me olvida que aquí son de pito fácil», pienso mientras continúo mi camino.

Cruzo las murallas de «Puertatierra» como he hecho cientos de veces, pero hoy no es igual. Hoy siento que vuelvo solo no a casa, sino a mi casa. Al apartamento del centro que siempre fue mío incluso cuando Jimena estaba en él.

Dejo el coche en el garaje que tengo en a tomar por culo de mi casa, cosas de esta ciudad… Que como bien decía Martínez Ares en su comparsa Los Cobardes «Cádiz no necesita un segundo puente, necesita una segunda planta».

Al salir del garaje, el centro de la ciudad me recibe con su ambiente habitual en esta época. Acaba de terminar carnaval y estamos en plena cuaresma.

Camino por las calles percibiendo ese aroma tan característico que deja las huellas de la fiesta grande de Cádiz. Alcohol mezclado con orina, muy típico después de esta semana, bueno… dos semanas en las que «los paganos» como decía mi católico, apostólico y romano padre, celebraban la fiesta de la libertad.

Paso por calles que conozco de memoria. Por bares en los que nunca entro, tiendas pequeñas que cambian de dueño cada pocos años. Algunos comienzan a llenar las calles con olor a incienso cofrade. Otra realidad de esta ciudad, cuando no te canta una chirigota o un romancero en la calle, te sale una cofradía.

Llego a la calle Pelota, sus balcones ya lucen adornados con estandartes de las cofradías. Me gusta caminar por aquí, a pesar de que la gente me conoce nadie me pregunta nada, nadie espera nada de mí.

Aun así, hay muchos recuerdos. Una ventana donde una vez Jimena vio un «michi» asomado a una ventana, una «barraca»

donde comprábamos chucherías, la peluquería donde iba a teñirse su melena negra porque le salieron las canas demasiado pronto…

Aprieto el paso, no quiero quedarme aquí.

Pero Cádiz es traicionera: te devuelve lo que intentas esquivar.

Doblo la calle y noto el espacio abrirse un poco, la luz cambia, el ruido también. Sé perfectamente donde estoy… maldita inercia.

Levanto la mirada, Calle nueva, «El café de Ana», el lugar favorito de Jimena.

Respiro hondo, ya que te fustigas, hazlo como Dios manda.

Allá que voy.

Me siento en la primera mesa que hay al entrar, redonda, pequeña y con un asiento bastante cómodo. Este lugar siempre está hasta la bandera. Normal, sirven los mejores *Brunch* que he visto en mi vida. Un camarero de estatura media se acerca con paso discreto; el cabello negro, atravesado por canas, ojos verdes y la barba madura lo situaban en esa edad en la que el tiempo empieza a dejar huella. Antonio, o así creo que le ha llamado una de sus compañeras.

Me ofrece la carta con amabilidad, se nota que le apasiona su trabajo. Le digo que no la necesito, pido lo que acostumbraba a pedir cuando venía con Jimena. Un sándwich «Montecristo», que consiste en dos rebanadas de pan de avena, con jamón curado, pechuga de pavo y queso azul. Una delicia. Para beber me pido una Coca-Cola, soy adicto a esa mierda.

Cuando me traen el pedido, muerdo el sándwich despacio, saboreándolo casi con culpa, como si el gusto familiar pudiera anclarme al presente, pero mi mirada se pierde en un punto impreciso donde ya no hay mesas ni tazas, solo recuerdos. Aquí mismo, en esta cafetería, nos sentamos tantas veces a hablar de

la boda, a discutir flores, fechas, detalles absurdos que entonces parecían importantes. Reíamos, hacíamos planes, creíamos que el futuro era algo seguro. Mastico, trago, y el sabor se vuelve amargo al pensar que aquella boda nunca llegó, que todo lo que imaginamos se quedó suspendido en el aire, igual que yo ahora, mirando al infinito.

Al terminar, voy al baño a lavarme las manos, me miro en el espejo durante un instante. Parezco cansado. Mas de lo normal.

Voy a la barra y pago mi cuenta.

Salgo de nuevo a la calle.

Camino en dirección a mi casa, vuelvo a atravesar la calle Pelota y la plaza de la Catedral se extiende ante mí, abierta, blanca, llena de gente, de turistas que van y vienen sin saber que, para mí, ese lugar siempre tendrá un nombre propio.

Y entonces la veo.

La librería.

O, mejor dicho, la persiana bajada donde debería estar.

Me detengo en seco.

Durante un instante pienso que puede ser por la hora. Me acerco y veo un cartel pegado con cinta en el cristal.

«Cerrado temporalmente. Disculpen las molestias», leo.

El estómago se me encoge.

Miro dentro, pero el reflejo del sol me devuelve mi propia cara. Seria, tensa. No hay luz, no hay libros. No hay rastro de Gabriel apoyado en el mostrador con su inseparable taza de té rojo.

—Joder… —murmuro.

—¿Buscas la librería?

Me giro, una mujer de unos cincuenta años, con una bolsa de tela por la que asoma unas ramas de apio, me mira con curiosidad.

—Si —respondo—. ¿Sabe qué ha pasado?

Asiente con la mirada triste.

—El pobre Gabriel anda delicado de salud. El corazón hijo, le han recomendado parar. Ha tenido que cerrar por un tiempo. Quién sabe si volverá a abrir.

El corazón. Esas palabras caen a plomo en mi pecho.

—¿Está… muy mal?

—No lo sé —me dice—. Yo no soy de meterme en la vida de nadie, pero dicen los vecinos, que les gusta mucho hablar, que no está para trabajar. Así que vete tu a saber.

Dudo antes de preguntar lo siguiente.

—¿Y Jimena?

La mujer se coloca bien su chaqueta antes de cruzar los brazos.

—La hija, ¿no? Esa está fuera, pero estas cosas —hace un gesto colocándose bien las gafas—, te traen de vuelta a casa. Ya sabes, cuando hay herencia a la vista, todos queremos mucho a nuestros muertos. Pero como te he dicho, yo no me meto en la vida de nadie.

Pues menos mal, porque sin meterse la señora acaba de enterrar a mi suegro y de poner a su hija de carroñera. Si llega a meterse, Dios sabe que diría.

La mujer se despide y se aleja. Yo me quedo allí, plantado frente a la persiana cerrada con un «cállese señora, váyase a hacer puñetas» enquistado en la garganta. Me va a doler la cabeza tres días por ser tan educado y respetar la edad.

Aunque por dentro, tengo la sensación de que hay un terremoto bajo mis pies.

Jimena está fuera, pero podría volver.

Hasta ahora, su ausencia me dolía. Pero Cádiz es muy pequeña. Me apoyo en la pared de piedra ostionera de la fachada y cierro los ojos.

No sé si tengo derecho a desearlo.

No sé si merezco volver a verla.

Pero, por primera vez desde que la dejé, me permito pensarlo sin huir. Si vuelve, sé que volveré a verla.

La idea me asusta tanto como me sostiene.

Me separo de la pared y comienzo a caminar de nuevo en dirección a mi casa, con el ruido del mar colándose entre las calles y un pensamiento claro en mi mente.

No puedo seguir escondiéndome detrás de la culpa. Si Jimena vuelve, yo no voy a mirar hacia otro lado.

CAPÍTULO 5|
LA CIUDAD QUE RECUERDA

Cádiz, 13:00h.

Jimena.

El tren reduce la velocidad poco a poco, como si él tuvieses las mismas dudas que yo de estar aquí.

Miro por la ventana como si necesitase una confirmación, algo que me diga que no he cometido un error garrafal al volver.

Con las manos temblorosas comienzo mi ritual de aislamiento social. Me pongo los cascos. Cuando abro Spotify comienza a sonar «Climbing the Walls» de Backstreet Boys.

Cuando el tren se detiene por completo, cojo mi maleta y bajo al andén. Tarareo la canción mentalmente, intentando que no me aborden ciertos pensamientos intrusivos, intentando que no aparezca su nombre en mi mente.

«No he venido por él», se lo repito a mi corazón para que deje de emocionarse por la sola idea de volver a estar en Cádiz.

He venido por mi padre, por la librería.

Por el verdadero amor de mi vida. Por quien me enseñó a caminar, por quien me enseñó a leer, a montar en bicicleta, a amar la música y los libros. Por quien nunca me falló.

Camino despacio, no tengo prisa. Voy sumergida en la canción. Cada esquina tiene algo. Un recuerdo de mi niñez.

Paso por delante de la puerta de un local cerrado, recordando que era una panadería a la que venía de pequeña con mi padre a comprar los «manoletes» cuando me recogía del colegio.

De camino a casa de mi padre me encuentro con una tienda de ultramarinos, entro y compro pan del que le gusta a don Gabriel… como él lo llama «pan de pan» o «de masa dura», conociéndolo, sabiendo que vuelvo a casa habrá preparado un potaje «que quita el *sentío*».

Cuando llego observo que la fachada sigue teniendo el mismo desconchón. Sonrío, hay cosas que no cambian… y eso me resulta tranquilizador.

Subo despacio, como si el miedo quisiese retrasar lo inevitable. Como si la lentitud hiciese que mi padre retrocediese en el tiempo y volviese a ser el hombre con esa salud de hierro al que yo veía como un superhéroe.

Y lo sigue siendo, porque sigue teniendo el superpoder de escucharme llegar. Le veo en la puerta, esperándome. Con su sonrisa dulce, sus ojos azules brillando tras sus gafas, su pelo canoso, bien peinado y afeitado. Ataviado con su camisa de cuadros y su vaquero.

Ni siquiera una enfermedad es capaz de quitarle lo presumido… Mi padre siempre ha sido el hombre más guapo de todo el mundo.

En su mano tiene una rosa roja, parece sacado de «El hombre de la máscara de hierro», como D'artagnan con su amada reina Ana. Me muestra su encantadora sonrisa.

Lo abrazo con cuidado, como si tuviese miedo de romperlo. Él me da un apretón contra su pecho y besa mi coronilla.

—Tranquila, mi cerecita —me suelta y besa mi frente—. Estoy bien. No tengas miedo de abrazar a este viejo inútil.

Entramos en casa, está más ordenada de lo que recordaba.

Cuando me quito el abrigo voy a la cocina, me cruzo de brazos en el marco de la puerta mirándole. Ahí está con su delantal puesto.

El sonido del cuchillo golpear la tabla de madera rompe ese silencio que hay en la cocina. Está preparando una ensalada. Aspiro suavemente el aroma y no puedo evitar sonreír. El olor que me ha acompañado toda la vida al volver a casa a medio día. La comida de mi padre. Ni los cocineros con estrella Michelín se pueden comparar a mi padre.

Le veo moverse mas despacio de lo habitual, con cuidado, como si cada gesto le costase la vida.

Me acerco y me pongo un delantal. Él me mira por encima de sus gafas. No hacen falta palabras, sabe que estoy aquí para cuidarlo como lleva él haciendo conmigo desde que nací.

—No hacía falta que vinieras tan rápido —dice.

—Claro que hacía falta —le miro—. No te hagas el duro, papá.

Sonríe con cansancio.

—Tu vida está en París

—Mi vida eres tú —respondo.

Mi padre baja la vista de nuevo a la cebolla que está cortando. Durante un momento no me dice absolutamente nada. Sé lo que está haciendo, está buscando las palabras adecuadas para restar importancia a lo que le ha sucedido.

—No es tan grave, cerecita —dice—. El médico ha sido claro, tengo que bajar el ritmo, solo eso.

—Papá…

—Jimena —me interrumpe—. No me estoy muriendo.

—No digas eso.

—Es lo que estás pensando, jovencita. Estoy enfermo, si, pero también estoy aquí. Y ahora tú también.

Asiento con la cabeza poniendo pucheros.

—No me pongas el labio «cochambroso», papá sigue aquí cariño, todavía tengo mucha guerra que dar —me abraza—. Cerrar la librería ha sido doloroso. No por el dinero, sino por el silencio que ha provocado en mi vida.

Entiendo lo que quiere decir. La librería ha sido el sonido de nuestras vidas. Páginas pasar, gente entrando y saliendo, la campanita de la puerta. Imaginarla cerrada me provoca ansiedad y angustia.

—Iremos mañana —digo—. Quiero verla.

Papá asiente con una sonrisa.

—Sabía que dirías eso.

Ponemos la mesa juntos, mientras mi padre aliña la ensalada yo corto el pan.

Mientras yo llevo la ensaladera y la cesta de pan a la mesa, mi padre sirve los platos.

Nos sentamos a comer y al ver lo que ha preparado sonrío. Judiones con arroz, uno de mis platos favoritos.

Comenzamos a comer mientras hablamos de cosas mas bien triviales. Últimos libros que hemos leído, series que hemos visto…

—¿Estás bien, cerecita?

La pregunta me pilla por sorpresa. Siempre lo hace, me da rodeos para que me confíe y cuando me ve confiada, me suelta una pregunta dirigida a lo que quiere saber.

—Si.

Es una respuesta automática. Como es de esperar, no cuela.

—Inténtalo otra vez.

Bajo la mirada a mi plato.

—Estoy funcionando, creo que por ahora está bien.

Seguimos comiendo, pongo la televisión para evitar que me haga mas preguntas, pero él coge el mando suavemente y la apaga.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—No pretendo volver a París. Al menos a vivir permanentemente, mi sitio está aquí.

—Cádiz es pequeña —Me sirve un vaso de agua.

—Siempre lo ha sido.

—Y las ciudades pequeñas tienen memoria.

—Papá…

—No digo que tengas que verlo, pero si estás aquí, tarde o temprano terminarás cruzándote con él.

Suelto suavemente la cuchara. La idea me atraviesa. No es rabia, no es tristeza, no es dolor. Es algo que todavía no termino de identificar.

—No estoy preparada

—No tienes que estarlo.

—No quiero que todo vuelva a abrirse.

—Las heridas no se cierran del todo, siempre queda la marca. Siempre quedan las cicatrices, las heridas de guerra.

—He venido por ti, no por él, ni por el pasado.

—Y es más que suficiente, nadie te pide más.

Terminamos de comer y recojo la mesa.

Mi padre se levanta despacio y hace el amago de ponerse a lavar los platos. Me meto en medio y me pongo a recoger la cocina.

—Descansa, papá. Ya has hecho suficiente.

Asiente con resignación, no le queda otro remedio. He heredado su cabezonería.

Mientras recojo la cocina, recuerdo sus palabras. «Cádiz es pequeña», no es una forma de presionarme, es un recordatorio.

He vuelto, y por primera vez desde que bajé del tren, esa idea no me angustia, si no que me sostiene.

He vuelto para encontrarme conmigo misma y eso es más que suficiente.

CAPÍTULO 6|
EL ESCAPARATE

Calle Montañés, Cádiz, 10:00h.

Andy.

El olor a desinfectante siempre me ha parecido tranquilizador. Creo que debo de estar madurando, la limpieza me resulta relajante.

Hay algo en la limpieza exagerada de una farmacia que pone orden en la cabeza. Frascos bien alineados, cajas clasificadas, todas puestas en la misma dirección. Todo en su lugar, todo responde a una lógica muy sencilla. Orden y limpieza extrema.

Ojalá todo funcionase igual.

Coloco una fila de medicamentos en la estantería sin mirar demasiado lo que hago. Es mi día a día, no hay nada nuevo. En el hilo musical suena «Just One Day» de BTS. Me hace recordar a las tantas facetas de Jimena que durante mucho tiempo me ocultó. Su afición por escribir, el consuelo que encontraba en momentos tristes en BTS… siempre decía que era una chica rara y que nadie la entendía. Pero yo siempre la amé precisamente por esas particularidades. Nunca fue una chica de ir de fiesta con amigas, de hecho, solo tiene un amigo, ni de ir de compras. Siempre fue una chica de salones manga, cine, libros y música.

La mañana avanza muy despacio. Entran y salen clientes con casi lo mismo de siempre. Dolores de cabeza, resfriados… Vida normal.

O eso es lo que intento construir día a día, una monotonía que me impida pensar demasiado.

—Andy —dice Carmen desde la caja—, ¿me traes el Apiretal por favor?

Asiento y voy al almacén. El espacio es bastante estrecho y huele a cartón. Busco la caja en el estante alto y, cuando vuelvo escucho una voz familiar.

—¿Cómo está tu madre, Carmen?

Es vecina de esta calle. La he visto cientos de veces entrar y salir del portal de Gabriel, el padre de Jimena.

—Mejor —responde Carmen—. ¿Y tú? Hace días que no te veo.

—He estado ayudando a Gabriel, el librero. Pero ya ha vuelto su hija.

El mundo se me viene encima, casi se me cae la caja de la impresión.

—¿Jimena ha vuelto? —Pregunta Carmen, no sé de que se sorprende, Jimena se desvive por su padre.

—Si mujer, llegó ayer. Pobre chica, con el padre así es lógico que vuelva. Todo Cádiz sabe que ella y su padre están muy unidos.

No escucho el resto de la frase. «Ha vuelto», las palabras se repiten en mi cabeza una y otra vez.

Me obligo a caminar hasta el mostrador donde dejo la caja suavemente. Mis manos se mueven de forma automática. No sé ni como soy capaz de hacer bien mi trabajo.

La mujer sigue hablando, pero su voz se convierte en un murmullo lejano. Solo alcanzo a captar una frase. «No se volverá a ir». El aire me parece mas denso de repente, respiro hondo. La tengo a menos de cien metros.

Una idea absurda pasa por mi mente. Salir de la farmacia, entrar en el portal de en frente, subir las escaleras y llamar a la

puerta de casa de Gabriel.

El corazón me da un golpe seco.

«Eres tonto, Andy», pienso. No la he visto desde que la dejé, he aprendido a pensar en ella en pasado, como si perteneciese a otra vida. Saber que está aquí la convierte en presente. En esperanza.

—¿Estás bien, Andy? —Carmen me despierta de mi sueño.

Asiento con la cabeza.

—Si, perdón, me distraje.

Ella me mira durante un instante, pero asiente con la cabeza y vuelve a su trabajo.

Sigo con mis labores en piloto automático. Atiendo a los clientes, sonrío cuando toca, pero todo es una fachada. Mi mente está en otro lugar.

En ella.

Me imagino saliendo a la hora del descanso y cruzármela de frente. Su expresión al verme, la mía, el silencio incómodo que habría entre los dos.

No sé que le diría. Ni siquiera tengo derecho a decirle nada.

Recuerdo cuando pasé por la librería y vi la reja bajada, ese «si vuelve, quiero recuperarla».

Ahora no es una hipótesis, es una decisión que me acaba de golpear en la cara.

Una parte de mí, la más ansiosa y desesperada, quiere salir corriendo y comprobar si es verdad, que no es habladurías de la gente, que Jimena respira el mismo aire que yo de nuevo.

La parte más razonable, sabe que el hecho de que haya vuelto no implica que tenga deseos de verme. Y si los tiene, será para romperme la cara.

Miro por el cristal del escaparate hacia la calle, pero no hay nada extraordinario. La vida sigue con su ritmo habitual. Gente

que pasa con sus bolsas del mercado, conversaciones sueltas.

«En cualquier momento podría aparecer entre ellos», el pensamiento me acelera el pulso. No sé si estoy preparado.

Pero si algo tengo claro es que no se irá de Cádiz de nuevo sin intentarlo. De eso estoy completamente convencido.

Me meto al almacén a comer algo rápido, casi por inercia, sin hambre real, solo para tener las manos ocupadas. Mientras mastico sin prestar atención al sabor, tengo abierta la conversación de WhatsApp de Jimena en la pantalla del móvil; su nombre me quema en los ojos.

Quiero escribirle, decirle que quiero verla, aunque sea para tomar algo, que necesito hablar con ella, que hay cosas que se me atascan en el pecho si no se las digo. Mis dedos flotan sobre el teclado, ensayan palabras que no llegan a nacer.

Y entonces, como siempre, me puede la cobardía: cierro la conversación de golpe, guardo el teléfono y sigo comiendo en silencio, fingiendo que no pasa nada.

La tarde transcurre de la forma más monótona y aburrida posible, como si el tiempo se hubiese quedado atascado entre los estantes. Empieza a llover y, poco a poco, la calle se queda desierta, vacía durante horas, con el sonido constante de la lluvia golpeando el escaparate.

Cuando oscurece, Carmen baja la persiana de la farmacia y nos ponemos a limpiar. Es casi un ritual: limpiar sobre limpio, porque la farmacia sigue impoluta, tan reluciente que a veces pienso que lo único que hacemos es pulir un brillo que ya existía.

Me quito la bata, la doblo despacio y la dejo en la taquilla. Mis movimientos son mas lentos de lo habitual, mi mente está intentando alargar el momento de salir a la calle, porque sabe perfectamente dónde voy a ir.

Salimos y ayudo a Carmen a bajar la reja.

—Hasta mañana, Andy

—Que descanses…

Mis pies toman el control antes de que mi mente lo haga. Camino con las manos en los bolsillos, sintiendo el frío de la noche darme en la cara.

La plaza de la Catedral aparece al doblar la esquina. Camino con decisión hasta que la veo.

La reja de la librería está subida. La luz del interior se refleja en el empedrado formando un rectángulo.

Me quedo frente al escaparate en un ángulo muerto donde sé que puedo mirar sin ser visto.

Y allí está ella.

Está de espaldas en medio del local con un trapo en la mano. La música suena, reconozco la canción al instante, «Utopia» de Forestella. Sonrío con ternura, Jimena siempre ha sido una melómana sin remedio, pero su debilidad claramente es el Kpop.

Se mueve al compás de la melodía sin esofrzarse, sin darse cuenta. Un giro pequeño al cambiar de estantería, un balanceo ligero… Se deja llevar por la música de forma natural, no con la intención de dar espectáculo. Simplemente, siendo ella misma.

Siento la ansiedad apretando mi pecho. No la recordaba así.

La última imagen que tengo de ella es rígida, contenida, herida. Verla moverse con esa naturalidad es algo que me golpea directamente en el corazón.

Parece en paz, o al menos más cerca de la paz de lo que yo estoy.

Me apoyo en la pared pegado al escaparate, escondido en la sombra. Sé que debería irme, que esto es una forma de acosarla, que observarla es invadirla. Pero ahora mismo me la suda lo que piense el que pase.

Hay algo hipnótico en verla ocupar el espacio. Ahora mismo parece como si la librería nunca hubiese estado cerrada. Como si hubiese estado esperando su regreso.

Siento el brutal impulso de cruzar la puerta y decir su nombre. De ver si en sus ojos queda algo de lo que alguna vez fuimos.

Pero me quedo donde estoy. Porque esta escena, ella bailando y reconstruyendo su mundo, no me pertenece. Porque su reconstrucción es algo que creo que le está costando recuperar, de eso no tengo pruebas, pero tampoco dudas.

Y porque hay algo que pesa más: no sé si quiere verme.

La música cambia, suena «Hate you», de Jung Kook. Jimena se detiene por un segundo y levanta la mirada hacia el escaparate. Mi corazón se dispara. Me pego a la pared, fuera de su línea de visión.

Ella no me ve.

Vuelve a su tarea ajena a mi presencia.

Me separo de despacio de la pared, dando un último vistazo a la librería y la veo subirse a una escalera de tres peldaños para alcanzar unos libros. Leo sus labios, está tarareando la letra de la canción.

«Hatin' you's the only way it doesn't hurt».

«Odiarte es la única forma de evitar el dolor».

Sonrío sin querer, luego me doy la vuelta y me alejo.

Camino con el corazón desbocado y una certeza instalándose en mí.

La amo. Y no pienso huir.

Si hay un momento para hablar, llegará. Y cuando lo haga, estaré preparado para enfrentarlo.

Por primera vez desde que la dejé, el miedo y la esperanza ocupan el mismo espacio sin atacarse.

CAPÍTULO 7|
DONDE EL TIEMPO SE ARRODILLA

Barrio de Santa María, Cádiz, 11:00h.

Jimena.

Entro en la iglesia de Santa María, con el murmullo de la calle aún en mis oídos.

Fuera, las calles suenan a pasos y charlas entre las mujeres del barrio que llegan de hacer sus mandados.

Pero aquí dentro todo es diferente. A pesar de la multitud de feligreses, se respira calma, aquí dentro el tiempo es mas lento, mas pausado, mas relajado.

Aspiro el aroma, cera, incienso, flores… Huele a cuaresma.

La gente entra y se santigua, susurra sus oraciones, pide perdón por sus pecados y hace promesas que algunos ni siquiera van a cumplir. Avanzo despacio con el ramo de claveles rojos que llevo entre las manos y lo deposito en el esportón de plástico negro que hay junto al altar.

No sé exactamente por qué he venido.

O sí. Sí lo sé, hay lugares a los que el cuerpo regresa antes que la razón, y la iglesia de Santa María es uno de ellos.

De niña venía con mi padre a ver al Nazareno, al regidor perpetuo de esta ciudad, el que todo lo ve. O eso me decía siempre papá.

Recuerdo llevarme minutos mirándolo fijamente, intentando entender que tenía esa imagen para despertar tanta devoción.

Ahora, lo entiendo un poco mejor. Está ahí, elevado, rodeado de velas y escoltado por su madre, María santísima de los dolores y por San Juan, a quien encomendó el cuidado de su madre con la frase « Mujer, ahí tienes a tu hijo… Ahí tienes a tu madre».

Hay algo en la expresión del rey del barrio de Santa María que siempre me ha parecido humano, cercano, como si cargase con el peso de las penas de toda la ciudad.

Delante de mí, una señora mayor murmura una oración. Detrás, alguien suspira con suavidad.

Yo sin embargo, no pido nada en concreto. Solo respiro. Pienso en mi padre, en la librería, en mi vuelta después de todo lo que pasó.

Y entonces lo siento.

No es un sonido, es una presencia. Una conciencia súbita de que alguien me está mirando.

No giro la cabeza, simplemente desvío la mirada hacia un lateral, fingiendo observar el movimiento de las llamas de las velas. El pulso se me acelera sin que pueda evitarlo.

Sé que es él. Andy.

No debería sorprenderme, Cádiz es pequeña y la iglesia todavía más.

Levanto la mirada.

Está a unos metros de mí, de pie junto a un banco. No se mueve, no sonríe, no hace nada. Solo mirarme.

Durante un instante todo lo demás desaparece: las velas, el murmullo, el olor a incienso… solo existe esa línea invisible entre nosotros.

Mantengo la mirada solo unos segundos, lo suficiente para que sepa que lo he visto. Luego bajo la mirada. No es rechazo, es protección.

Camino despacio hacia un banco cercano y me siento. Mis manos descansan sobre mi regazo.

Siento que todavía me mira.

No es necesario que me gire para saber que sigue ahí.

Cierro los ojos.

Siento su aroma invadirme, el roce de su ropa.

Cuando los abro está encendiendo una vela y dejándola junto a las demás que hay en los escalones del altar.

Nuestras miradas se vuelven a encontrar.

Veo que hace el amago de acercarse. Me levanto despacio, camino sin mirar atrás hacia la salida. Me acerco a la pila de agua bendita y meto la mano.

Sin darme margen de maniobra sus dedos se encuentran con los míos al rozar el agua. Siento sus ojos azules clavados en los míos.

Saco la mano muy lentamente, no es lugar para montar una escena. Ni romántica ni de despecho.

Cuando cruzo el umbral, el ruido de la calle me envuelve. El aire roza mis mejillas y respiro hondo, como si hubiese contenido el aliento todo este tiempo.

No me giro, sigo caminando.

No nos hemos dicho nada, pero llevo su mirada marcada en la piel como una marca invisible.

No hemos hablado, el silencio lo ha hecho por los dos.

CAPÍTULO 8|
FRÍA COMO EL VIENTO

Iglesia de Santa María, Cádiz, 12:00h.

Andy.

Salgo de la iglesia con el sonido de las oraciones todavía repiqueteando en mi cabeza.

El ruido de la calle y el frío inundan mis sentidos. Todo me parece excesivo, demasiado vivo para lo que acaba de pasar ahí dentro.

La he visto.

Camino sin rumbo fijo, bajando la cuesta de la Jabonería casi sin sentir los pies. La imagen se repite una y otra vez. Nuestras manos tocándose de nuevo, juntos en la pila de agua bendita.

No dijo nada, yo tampoco. Y ese silencio pesa más que cualquier palabra.

Doblo una esquina y sigo caminando. No quiero volver a casa todavía. Necesito que el cuerpo se canse para que la mente se relaje, pero sé que eso no va a suceder. Hay recuerdos que no desaparecen caminando.

Jimena estaba diferente. No en algo concreto, no era su pelo, ni su ropa. Es algo que va mas allá. Está más cerrada, más protegida. Como si hubiese aprendido a moverse dentro de un perímetro invisible.

Y yo estoy fuera de ese perímetro.

La idea me aprieta el pecho.

No había odio en ella, pero tampoco cercanía. Había distancia, una distancia elegida.

Y entiendo con una claridad que me rompe el alma en dos, que no quiere verme.

No es una suposición dramática. Es una lectura de lo que ha ocurrido. Si hubiese querido hablar, lo hubiese hecho. Jimena es así, no se anda con medias tintas. Es directa.

Pero no lo hizo.

Y, aun así, no me siento rechazado, no es un golpe brusco. Es algo más profundo. Debo aceptar que quiere espacio.

Sigo caminando, aun con la cabeza centrifugando recuerdos.

La primera vez que entramos en esa iglesia. No fue por fe, fue porque ella me lo pidió.

«Aunque tu no seas creyente, tienes que verlo», me decía.

Recuerdo como me explicaba detalles que yo olvidaba al instante, lo que no olvidé jamás fue su voz. La forma tan impetuosa que tenía de hablarme de las cosas que amaba y que le interesaban. La religión es una de ellas. Siempre decía que cree en Dios, pero no en la iglesia. Se ha leído decenas de veces la Biblia, le apasiona el mundo de la teología.

Sin darme cuenta, después de un buen rato caminando, llego a la Caleta. Me siento en la balaustrada que hay frente al restaurante «Quilla».

El viento arrastra sal y su aroma invade mis fosas nasales. El mar está inquieto. Respiro hondo mirando las barcas moverse al compás de las olas.

Dejo que los pensamientos vengan sin intentar ordenarlos.

La quiero.

Verla en la iglesia ha removido algo en mí que llevaba meses completamente anestesiado. No es nostalgia.

Quiero hablar con ella.

No para justificarme, no para convencerla de nada. Quiero darle la opción de que me grite a la cara que no quiere verme, si eso es lo que ella necesita. Pero no quiero escudarme detrás de la culpa.

El miedo llega justo después.

¿Y si hablar empeora las cosas?

¿Y si mi presencia le vuelve a abrir la herida?

Aprieto mis puños.

No tengo derecho a decidir por ella, ese fue mi error la primera vez. Ahora me toca pagar las consecuencias, por imbécil.

Pensar que me estaba sacrificando por protegerla. Era cobardía disfrazada de sacrificio.

Me paso la mano por la barba y miro al mar como si pudiese darme una respuesta o una solución. No obtengo nada, solo una certeza: si no le hablo, voy a quedarme aquí, suspendido en este punto donde nada avanza.

Y ella, ya está avanzando, lo vi en la firmeza con la que sostuvo la distancia entre nosotros.

Me pongo los auriculares que llevo siempre en el bolsillo, me pongo Spotify y comienza a sonar una versión «ni su pu» de «Fría como el viento» original de Luis Miguel.

Así es ella, libre… Va siempre unos pasos por delante y yo, por mucho que corra, no puedo alcanzarla.

Pero tampoco puedo rendirme sin hablar con ella, escuchar lo que tenga que decirme… y aceptar lo que venga.

Me levanto de la balaustrada con una sensación extraña en el pecho. No es miedo, es como si, por primera vez, estuviese eligiendo actuar en lugar de esconderme.

Empiezo a caminar de vuelta a casa con un plan impreciso pero firme.

No voy a forzar el encuentro, no voy a perseguirla.

Pero si la ocasión se presenta, y en una ciudad tan pequeña como esta, se presentará, no voy a apartar la mirada.

Voy a hablar contigo, Jimena. Tal vez no hoy, ni mañana. Pero lo haré.

Y cuando lo haga, no habrá silencio que me lo impida.

CAPÍTULO 9|
UNA CURA PARA EL ALMA

«La Tacita de las Historias», Plaza de la Catedral, Cádiz, 12:00h.

Jimena.

La campanilla de la librería suena y una voz familiar la sigue de inmediato.

—Llegó la magia, llegó el color, ¡Llegó la vida!

Levanto la mirada del mostrador y tardo un par de segundos en procesar tan divina entrada en escena.

—¿Rubén?

Está apoyado en la puerta con una sonrisa que le ocupa media cara. Lleva un traje de chaqueta de color claro, una camisa blanca y su cabello rubio bien peinado. Todo un señorito andaluz.

—¿Esperabas a otra persona? ¿Qué pasa? ¿No vas a darle un abrazo a tu sevillano favorito? ¿O es que te tengo que hacer un drama aquí en medio?

Salgo del mostrador sonriendo y lo abrazo. Huele a Bleu de Chanel y a ropa de estreno.

—¿Qué haces aquí?

—Pues he venido a rescatarte del aburrimiento de la vida de librera y a comprobar si es cierto que has vuelto. Cádiz habla mucho y exagera todavía más.

Se aparta, me mira de arriba abajo y me da una vuelta cogiéndome de la mano.

—Estás preciosa «chocho», muy seria, eso no me gusta tanto… pero estás muy guapa.

—Gracias por la sinceridad —me río.

—A mandar —dice, mirando a su alrededor—. La librería está preciosa, Don Gabriel debe estar encantado, sobre todo teniendo a su retoño aquí.

—Está en casa descansando, esta tarde tenemos que ir al médico.

Rubén me mira y hace una mueca de comprensión y luego se apoya en el mostrador.

—Ahora vamos a lo importante —dice—. Cuéntame cosas interesantes de París, ¿Algún amor fugaz? ¿Has dejado algún francés en el banquillo esperando tu regreso?

—¡Rubén!

—¿Qué? No me digas que sigues de luto por el payaso del farmacéutico, vale que haya sido tu primer y único amor, pero hija, la maquinaria si no se le da uso se oxida

—No quiero hablar de Andy.

—Forma parte de tu historia, te guste o no. No puedes tapar el sol con un dedo gorda.

Aprieto los labios.

—Lo vi.

Las cejas de Rubén suben muy despacio.

—¿Tan pronto?

—En la iglesia.

—Habrá ido a confesar sus pecados —coge un bolígrafo del portalápices y se pone a jugar con él—. ¿Y qué pasó?

—Nada, nos miramos y ya —respondo.

Me mira durante unos segundos, de forma menos irónica que de costumbre.

—¿Y qué sentiste?

La pregunta me resulta menos incómoda de lo que esperaba.

—Nada que quiera detenerme a analizar.

—Sigues enfadada.

—No —Digo de forma directa, y no miento—. No estoy enfadada.

—Entonces, estás herida.

Esa palabra encaja un poco más. Pero no es exactamente eso. Al menos no del todo.

—Estoy cansada, me costó mucho salir de ahí, de ese dolor. No quiero volver a meterme en ese bucle.

Rubén asiente despacio.

—¿Intentó hablarte?

—No.

—¿Y tú?

Niego.

—No quiero hablar con él, al menos de momento.

Ruben me sostiene la mirada.

—Vale.

No hay sermón, no hay charla de «pinky amigo», solo aceptación.

—Pero también entiende una cosa. No hablar también es una decisión, no es esconderse ni ser cobarde. Es elegir.

—Es lo que estoy haciendo.

Se queda callado por un momento, jugando con el bolígrafo entre sus largos dedos.

—¿Lo sigues queriendo? —pregunta, con una suavidad inesperada.

No respondo de inmediato, miro a la nada, intentando reflexionar una respuesta lo suficientemente convincente que no desencadene en una perorata filosófica que me deje pensando el resto de la semana.

—Eso no importa.

—Claro que importa, es lo que más importa. Otra cosa es que tu quieras cargarlo sobre tus hombros durante el resto de tu vida. Querer a alguien no te obliga a volver con él, pero fingir que no lo quieres tampoco te protege.

—No estoy fingiendo, simplemente no quiero abrir esa puerta, al menos de momento.

—Entonces no la abras, pero tampoco construyas una pared para taparla. Así te aíslas tu también.

La contundencia de esas palabras me desarma.

Nos quedamos un rato en silencio, la campanilla suena y entra un cliente buscando el último libro de Arturo Pérez-Reverte.

Le atiendo y cuando vuelvo, Rubén sigue ahí, observándome con esa mezcla de afecto y lucidez.

—Solo quiero que estés bien.

—Y lo estoy intentando.

—Pues no dejes de intentarlo hasta que lo consigas. Y si él aparece, ya verás que haces. No tienes que decidirlo ya, ni planearlo.

Asiento con la cabeza.

Rubén da una suave palmada en el mostrador.

—Ahora guapa de cara, voy por una cervecita para mí, que el Papa ya ha bebido y por agüita fresquita para ti. Que he venido a hablar de dramas y eso da mucha sed.

Sale con su desparpajo natural a la tienda de en frente.

Me río, y por primera vez en mucho tiempo, es de forma sincera.

CAPÍTULO 10|
LA DISTANCIA PRUDENTE

Calle Montañés, Cádiz, 9:00h.

Jimena.

El olor a limpio y medicamentos me invade nada más entrar en la farmacia. Siempre me ha parecido un olor excesivo, como si quisiera borrar cualquier rastro de imperfección. Avanzo hacia el mostrador y entonces lo veo.

Andy está detrás con su bata blanca impoluta.

El mundo no se detiene, pero algo dentro de mí sí. No me sorprende, sabía que trabaja aquí, pero saberlo y enfrentarlo son dos cosas muy diferentes.

Levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran.

Durante una fracción de segundo, ninguno de los dos se mueve. Pero el mundo sigue girando a nuestro alrededor. Una mujer carraspea, la dueña de la farmacia revisa las estanterías y en el hilo musical suena «APT» de Bruno Mars y Rosé.

Pero Andy toma la iniciativa y rompe el silencio.

—Hola.

Su voz baja es profesional. No invade y eso me sorprende.

—Buenos días —saco la tarjeta de mi padre del bolso y la dejo sobre el mostrador—. ¿Podrías darme lo que salga por favor?

Andy mete la tarjeta en el lector y baja la mirada a la pantalla. No hace ningún comentario innecesario, no intenta llenar el espacio con cortesías, simplemente imprime el documento y se pierde en el almacén.

Respiro hondo sin darme cuenta. Mis manos descansan sobre el mostrador, noto mi pulso en las yemas de mis dedos. No estoy temblando y eso me sorprende.

Esperaba más dolor, más rabia, pero lo que hay es una extraña calma. Como si mi cuerpo hubiese decidido que la escena debía sostenerse con cordialidad y calma.

Andy vuelve con varias cajas en las manos. Las coloca en el mostrador y comienza a cortar los códigos de barras para pegarlos en el papel.

—¿Quieres que te explique como va o ya lo sabes?

—Lo sé, el médico me dio las indicaciones.

Asiente y sigue cortando los códigos.

—¿Cómo está?

La pregunta es sencilla, cordial y neutra.

—Mejor, aunque un poco cansado. Pero está mejor.

—Me alegro.

No hay posesión en su tono, no hay mas allá del mero interés por la salud de mi padre. Y eso me tranquiliza.

Pago con tarjeta, evitando así tener algún tipo de contacto físico con él.

Cojo la bolsa, ha sido sencillo, sin dramas y sin reproches.

Me acerco a la puerta.

—Jimena.

Me detengo en seco. Me giro para mirarle.

—No quiero incomodarte, solo… quería decirte que siento lo de tu padre, de verdad.

Le miro, no hay segundas intenciones, no está usando la cordialidad para retenerme y hablar de otras cosas.

—Gracias.

El silencio regresa, pero ya no es igual, no es tan afilado.

Andy me mira, manteniendo una distancia prudente.

—No quiero presionarte, ni que te sientas incómoda, solo quería que supieras que… si necesitas ayuda, estoy aquí.

Asiento.

—Lo tendré en cuenta.

Es una respuesta educada, nada más.

Cojo el pasador de la puerta con delicadeza.

—Que tengas un buen día —me dice.

—Tu también.

Salgo sin mirar atrás y comienzo a caminar.

Mientras voy caminando con las medicinas de mi padre de vuelta a casa, me doy cuenta de algo: hablar con Andy no ha abierto la herida.

Sigue ahí, latente, pero por primera vez en mucho tiempo, ha dejado de sangrar.

CAPÍTULO 11|
LLAMAR ANTES DE ENTRAR

Calle Montañés, Cádiz, 9:05h.

Andy.

La puerta de la farmacia se cierra detrás de ella, pero a pesar de su salida del local, su esencia sigue aquí.

Me quedo quieto detrás del mostrador mirando como un idiota hacia la puerta con el datáfono todavía en la mano. Tardo un instante en darme cuenta de que todos los presentes me están mirando.

Dejo el datáfono con un movimiento torpe debajo del mostrador.

—Andy, ¿puedes atender tú? —me pregunta Carmen—. Está a punto de llegar la primera cita para el seguimiento y la dieta.

—Si, claro que sí.

Me anclo a la realidad rápidamente. Atiendo clientes, doy consejos, explico dosis… mi mente ha pulsado el interruptor de piloto automático para mi cuerpo. Pero por dentro, todo gira en torno a ella.

Su voz tranquila, la forma en la que sostuvo la mirada sin huir. No me rechazó.

Aunque tampoco me abrió ninguna puerta, no hubo una invitación a un café. Pero tampoco levantó un muro entre nosotros. Habló conmigo como se le habla a alguien que forma parte del mundo, no como a un error del pasado que se tiene que evitar. Y eso es más de lo que esperaba.

Mi turno termina sin que me de cuenta, me quito la bata y me miro en el espejo. Hay algo diferente en mí. No es alegría. No es felicidad, todavía no sé describirlo.

Salgo a la calle y me abrocho la chaqueta.

Camino rumbo a casa sin prisa, dejando que el aire despeje mis pensamientos.

Podría analizar cada palabra, cada gesto, buscar significados ocultos en su forma de comportarse. Pero hay algo más simple que todo eso.

Quiero que volvamos a ser lo que fuimos.

La idea sigue en mi cabeza con una firmeza que no admite nada que lo contradiga.

La quiero de vuelta en mi vida.

Y eso implica que me diga que no. Que lo que rompí no tiene arreglo. Durante todo este tiempo me escondí detrás de la decisión que tomé de dejarla.

Pero hoy, entendí algo: perderla sin intentarlo sería peor que escuchar su rechazo.

Me detengo en una pequeña tienda que hay en mi calle, compro pan y me dirijo directamente a casa.

Recuerdo su expresión cuando le dije que sentía lo de su padre. No había odio, pero tampoco cercanía. Como si en su infinita misericordia me hubiese permitido existir cerca de su perímetro de seguridad.

Es un avance, pequeño, pero avance.

No voy a precipitarme, no voy a irrumpir en su vida como si nada hubiese pasado. No voy a exigirle que hable conmigo. Recuperar a alguien no es derribar una puerta. Primero habrá que llamar a ver si abren.

La paciencia no ha sido nunca una virtud que me caracterice. Pero por ella, puedo aprender.

Cuando subo a casa voy directo a la cocina. Saco de la nevera la fiambrera de carrilleras y me pongo a calentarla.

Mi mente vuelve a sus manos sobre el mostrador, su voz diciéndome «gracias».

Cierro los ojos y respiro hondo.

La quiero.

Quiero su felicidad, aunque eso no me incluya en su vida.

Pero, aun así, quiero formar parte de su felicidad.

El «ding» del microondas me despierta de mi ensoñación.

Mientras como ella sigue rondando en mi cabeza.

No sé cómo. No sé cuándo, pero se que cada gesto a partir de ahora tendrá una dirección. No hacia mi redención, no a purgar mi pecado.

Hacia ella, hacia la posibilidad de volver a tenerla a mi lado.

No a ser lo que fuimos, eso murió el día que la abandoné. Pero si a algo diferente, mas honesto.

Recuperarla no será un discurso ni prometerle ser su príncipe azul. Será demostrarle que el hombre que la abandonó no es el mismo que quiere recuperarla.

Sé que la veré otra vez, Cádiz se encargará de eso. Y cuando ocurra, no aceptaré silencios.

Hablaré, no para convencerla, sino para abrir la puerta y que ella decida si quiere escucharme.

Y aceptaré lo que venga.

CAPÍTULO 12|
UN LUGAR MÍO

«El Café de Ana», Calle Nueva, Cádiz, 12:00h.

Jimena.

La camarera deja el plato sobre la mesa con un suave tintineo que me arrancó una sonrisa automática. El aroma del «*Brunch* Tijuana», subió de inmediato, cálido y especiado, mezclándose con el dulzor fresco de mi zumo de naranja recién exprimido. Inspiré hondo, dejando que ese olor familiar me envolviera. Siempre pedía lo mismo; era mi pequeño ritual en «el café de Ana».

El vapor se elevaba en hilos finos mientras apoyaba las manos alrededor del vaso frío, disfrutando del contraste. A mi alrededor, el murmullo del local era un fondo acogedor: cucharillas chocando con las tazas, conversaciones a media voz, la cafetera resoplando como un animal somnoliento. Desde mi mesa junto a la ventana, todo parecía suspendido por un instante. Solo estábamos mi *Brunch* favorito y yo, y esa breve sensación de calma que tanto me costaba encontrar fuera de ciertos lugares de esta ciudad.

Mientras saboreo el brunch y en el hilo musical de la cafetería suena «Llegaste tú» de Luis Fonsi y Juan Luis Guerra, mi mente se desliza inevitablemente hacia Andy. Me doy cuenta de que empieza a aparecer en los márgenes de mi vida diaria, como si poco a poco estuviera encontrando su lugar en mi rutina.

Y hay una cualidad que no estaba presente antes.

Atención.

No insistencia, no invasión. Atención. Como una luz tenue que no se apaga.

Y hay algo dentro de mí que empieza a girar.

No es pensamiento, es sensación.

Sigo comiéndome el *Brunch* despacio, pasando las páginas de «La Bestia» de Carmen Mola con la otra mano, dándome cuenta de que esta cafetería sigue siendo uno de esos lugares que siento profundamente míos. Aunque vine aquí con Andy más de una vez, nada de eso ha cambiado. La calma que encuentro entre estas mesas. Sigue siendo mi refugio, uno de los pocos sitios donde me siento realmente segura y donde puedo disfrutar de mi propia compañía. De hecho, mientras leo y saboreo cada bocado en silencio, confirmo algo que ya sabía: este lugar lo disfruto mucho más cuando estoy sola.

Pero la centrifugadora no se detiene. Trae imágenes que no he pedido que vengan: Andy riendo en este mismo lugar, el día que encontró trabajo en la farmacia… el día que me dijo que me había sido infiel con una voz que todavía puedo escuchar si cierro los ojos.

Ahí está el núcleo.

No es dolor, eso ya pasó, sino la cicatriz que dejó, la forma que mi corazón se quebró sin hacer ruido. La confianza no explota, se agrieta. Y cuando lo hace, por mucho que intentes taparla, siempre quedará una marca.

Sé lo que Andy quiere. No me lo ha dicho, pero lo sé. Andy es de los que no da puntada sin hilo.

Y lo pero de todo es que una parte de mí responde. Eso es lo que me asusta.

Porque junto al rechazo, hay otra cosa más traicionera: la memoria. Mi mente recuerda como era estar con él. Y ese recuerdo no obedece a lógica ninguna.

«No quiero volver con él», la frase aparece clara. No porque no le quiera, sino porque me costó mucho cerrar la herida.

Costó noches enteras reconstruirme en silencio, aceptar que el futuro que imaginé no existía.

Volver implicaría desmontar esa reconstrucción con mis propias manos. Y no estoy dispuesta a ello.

Andy puede acercarse, intentar recuperar algo que fue suyo. Pero la decisión no la tiene él. La tengo yo.

No quiero volver a ese punto donde mi felicidad depende de alguien que no sea yo misma.

El amor no debe doler ni cegar.

Andy está en los márgenes de mi vida diaria y sé que va a seguir acortando distancia. No puedo evitarlo. Lo único que sí puedo decidir es como lo voy a enfrentar.

No hoy, pero llegará el momento en que tenga que decirlo en voz alta. Que lo quise, que de alguna forma aun le quiero, pero que no voy a volver.

La idea se va asentando en mi cabeza y comienzo a relajarme.

Respiro hondo.

Estoy aquí, en esta cafetería que tantos buenos momentos me ha dado, en esta vida que he empezado a reconstruir.

Andy es parte de mi historia, pero no tiene por qué ser el destino.

CAPÍTULO 13|
JUEGO DE AJEDREZ

Supermercado «Mercadona», Barrio de Puntales, Cádiz, 20:00h.

Andy.

El supermercado está lleno de luz blanca y ruido.

El hilo musical, los pitidos rítmicos de las cajas escaneando los códigos…

Odio venir a esta hora, pero hoy llevo toda la tarde haciendo el vago y jugando a videojuegos. Cuando he ido a buscar algo para picar es cuando me he dado cuenta de que el frigorífico se me va a poner en huelga porque no lo he llenado. Llevo toda la semana aprovechando lo que tengo por pura pereza.

Camino por los pasillos sin pensar demasiado, metiendo cosas en el carrito porque sí. Leche, café, Coca-Cola en cantidades indecentes, yogures de proteínas para hacerme el chico *fitness*, platos preparados llenos de conservantes para cuando me da la pereza que últimamente es casi a diario y tortitas de legumbres y de arroz para seguir haciéndome el chico súper sano.

Luego me pongo la bata blanca y me pongo a decirle a la gente que deje de fumar y que no beba bebidas azucaradas ni coma comida basura que es muy perjudicial. Si es que los profesionales del sector sanitario somos los más hipócritas de la tierra después de los políticos.

Doblo la esquina y en el pasillo de las bebidas vegetales me encuentro con ella.

Jimena está con una caja de bebida de soja con chocolate mirando los ingredientes con el ceño fruncido. Algo me dice que

está en modo «talibán del azúcar».

Podría girarme, fingir que no la he visto. Pero no.

Doy un paso y comienzo a acercarme lentamente.

—Jimena.

Levanta la mirada al escuchar su nombre.

Durante un segundo su expresión es neutra, luego me reconoce. Lo puedo notar en un leve endurecimiento de sus facciones.

—Hola —dice.

No suena enfadada, pero no parece tampoco muy contenta de verme. Vale que no se lance a mis brazos, pero un poco de entusiasmo tampoco vendría mal.

—No esperaba encontrarte aquí.

La frase es absurda, me he dado cuenta, pero algo tengo que decir. De alguna forma tengo que evitar que se vaya.

—Yo tampoco —dice cogiendo un brick de bebida de almendra sin azúcar y metiéndolo en su carrito.

Respiro hondo, tendré que esforzarme más.

—¿Tienes un minuto? —pregunto, dicen que quien la sigue la consigue.

Pero en ese instante ella se encarga de darme un portazo en las narices.

—Tengo prisa.

No esperaba tampoco que me dijese que sí, pero tampoco esperaba una respuesta tan rotunda.

—Claro —digo—. Entiendo.

Y aun así…

—Solo quería hablar contigo —añado—. Un momento.

Se tensa ligeramente.

—No puedo, tengo prisa.

No hay enfado, o al menos no lo parece.

Miro a mi alrededor. Nadie nos presta atención, pero algo me dice que ella se siente expuesta.

—Vale —retrocedo un par de pasos—. No pasa nada.

Se gira y se aleja entre los pasillos sin mirar atrás.

No me ha rechazado con dureza, pero tampoco me ha dejado acercarme.

Me quedo quieto unos segundos, siento que he perdido la oportunidad de mi vida.

Respiro hondo.

Esto va a ser difícil. Recuperar a alguien no es tan sencillo.

Hoy me ha cerrado la puerta.

No me enfada. Me entristece, pero no me sorprende.

Jimena está protegiendo algo. Y, aunque me duela, tengo que respetarlo.

Salgo del supermercado después de haber terminado de hacer mi compra.

Subo al coche y arranco.

En Spotify suena «Ajedrez» de David Bisbal.

No voy a rendirme.

Voy a seguir presente, disponible, paciente. Y cuando esté lista, si alguna vez lo está, hablará conmigo.

O me dirá que no.

Ambas posibilidades existen.

Y ambas tengo que sostener.

Pongo la canción en bucle, sin dejar de ver en mi mente la imagen de Jimena alejándose en el supermercado se ha

convertido en la portada de una historia que aún no está del todo escrita.

No sé cómo acabará.

Pero sé que estoy dentro de esa historia.

Y ahora mismo, con eso me basta.

CAPÍTULO 14|
MAGIA DE «PARDE»

Calle Montañés, residencia de Gabriel y Jimena, Cádiz, 21:00h.

Jimena.

Mi padre ha tenido siempre una forma muy particular de mirar. No es inquisitivo, es algo más tranquilo. Como si observase el mundo con la paciencia de quien sabe que tarde o temprano todo se descubre sin necesidad de preguntar.

Esa noche lo noto cuando llego a casa.

Dejo las bolsas de supermercado en la cocina e intento moverme con naturalidad: la leche a la despensa, las verduras al cajón de la nevera, las infusiones al mueble de encima de la cafetera… gestos simples y repetitivos.

Pero noto su mirada en mi espalda.

Está sentado en la mesa cortando unos tomates para aliñarlos para la cena. No dice nada, solo me observa con esa calma suya que siempre me ha parecido más incómoda que cualquier pregunta.

—¿Te has cruzado con él? —dice finalmente.

La lata de champiñones que tengo en la mano se me cae de las manos sobre la encimera violentamente.

—¿Con quién? —digo sin girarme.

Mi padre no se molesta en responder de inmediato. Sigue cortando el tomate en rodajas.

—Cuando quieras, me lo cuentas.

Con eso es más que suficiente.

Respiro hondo. Abro la lata de champiñones y la escurro en el fregadero. Por un segundo, me planteo mentirle, decirle que no.

Pero mi padre tiene otra habilidad, sabe perfectamente cuando miento. Magia de «parde», como decía cuando era pequeña.

—Si —admito.

Asiente, confirmando su sospecha. Estoy segura de que lo ha notado nada más verme entrar.

—Cuando entraste, suspiraste de la misma forma que suspirabas cuando en el instituto alguien se burlaba de ti.

Me giro. Lo dicho, mi padre tiene poderes.

—Intentó hablar conmigo —añado—. Le dije que tenía prisa.

Mi padre no reacciona de manera visible. Le echa sal al plato de tomates.

—¿Y la tenías?

—No. Pero no quería hablar.

Mi padre me mira por encima de las gafas cogiendo la botella de aceite.

—Eso también es válido.

—No sé que quiere. Bueno sí, pero no quiero entrar en ese bucle.

—¿En el de excusarse por lo que hizo o en el de pedirte que vuelvas con él?

Le miro, don Gabriel tiene el don de atravesarte con sus palabras como un cuchillo con la mantequilla.

—Ambos —digo en voz baja.

—La mente tiene una forma curiosa de convencernos de que protegernos es lo mismo que aislarnos.

Frunzo el ceño. Ya sacó de paseo a Aristóteles.

—No me estoy aislando.

—Pero estás construyendo unos muros que ni los de Troya, cerecita.

Su voz es suave, no quiere desmontar los muros, solo quiere que le deje entrar.

—Me costó mucho salir de eso, no quiero que se repita. Porque ahora ya, si sería culpa mía.

—No tienes que volver, pero tampoco puedes vivir huyendo.

Nos quedamos en silencio. Escucho como el frigorífico descarcha y el ruido de un taxi pasando por la calle.

—Cuando murió tu madre, yo también quise cerrar las puertas. Todas. Pensé que si reducía el mundo lo suficiente. Nada podría volver a dolerme así.

Le miro. Rara vez habla de eso.

—¿Funcionó? —pregunto.

Una sonrisa triste asoma en sus labios.

—Durante un tiempo sí, luego entendí que tenía algo muy valioso por lo que seguir viviendo.

Le miro sin entender.

—Por ti, pero sobre todo… por mí mismo.

Esas palabras me desarman por completo.

—Papá…

—Solo quiero que me respondas a una pregunta —dice—. ¿Estás diciendo que no porque no lo quieres… o porque tienes miedo de seguir queriéndolo?

Bajo la mirada.

—No lo sé.

—Entonces no tomes decisiones desde la duda, date tiempo y decide cuando lo tengas completamente claro.

Se levanta despacio y coge el mantel que solemos poner en la mesa del salón cuando cenamos viendo una película.

—Las promesas de quererse siempre no tienen por qué ser necesariamente como pareja, cerecita. Puede cambiar de forma.

Se acerca y me besa la coronilla.

—Y pase lo que pase, no tienes que enfrentarlo sola.

Cuando va al salón con el mantel, dispuesto a que cenemos viendo una película y nos quedemos hasta las tantas, me quedo escuchando el eco de sus palabras.

Mi cabeza ya no tiene el ritmo de una lavadora centrifugando. Ahora tiene un ritmo más pausado.

No tengo respuestas.

Pero, por primera vez, siento que no debo tenerlas todavía. Y esa incertidumbre, no se por qué, no me asusta tanto.

CAPÍTULO 15|
AMOR PROPIO

Librería «La Tacita de Historias», plaza de la Catedral, Cádiz, 10:00h.

Jimena.

Estoy en la librería, sentada detrás del mostrador con el ordenador abierto frente a mí, repasando el inventario para llevar un control de los libros que tenemos en stock. El cursor parpadea mientras actualizo títulos y cantidades, rodeada por el olor familiar a papel y tinta que siempre me calma. Es un trabajo meticuloso, casi hipnótico, pero me gusta esa sensación de orden, de saber exactamente qué historias esperan en las estanterías.

De fondo empieza a sonar «Demons», la versión de Enhypen, filtrándose suave por los altavoces de la librería. Reconozco la melodía al instante y dejo que me acompañe mientras sigo tecleando, marcando títulos y cifras casi al ritmo de la música. La canción llena el silencio entre las estanterías y, por un momento, el inventario deja de sentirse como una tarea y se convierte en algo extrañamente llevadero.

Rubén entra en la librería empujando la puerta con el hombro y sosteniendo un vaso de café para llevar enorme entre las manos. Se planta frente al mostrador y me lo tiende con una sonrisa cómplice.

—Tu antidepresivo y cura para todos los males —anuncia.

Destapo el vaso y el aroma dulce de Nesquik caliente me envuelve al instante. No puedo evitar reír.

—No sé qué haría sin ti.

—Probablemente sobrevivir —responde encogiéndose de hombros—, pero mucho peor.

Rodeo el vaso con las manos, agradeciendo el calor que me sube por los dedos, y siento que, por un segundo, el día se vuelve un poco más fácil.

—Vale, ahora cuéntame.

Doy un sorbo al Nesquik, dios, esto resucita a un muerto.

—¿El qué? —pregunto.

Entrecierra los ojos.

—Te he traído un Nesquik, gorda, no me hagas trabajar. Tienes cara de llevar días dándole vueltas a algo y cada vez que te pregunto me dices «nada».

Respiro hondo.

—Me lo crucé en el supermercado.

Rubén no se sorprende.

—Y eso te tiene así.

—No exactamente —respondo—. Lo que me tiene así es que siento que todo el mundo está esperando que tome una decisión, como si tuviese que elegir entre volver con él o cerrarle la puerta para siempre.

—¿Y quién es todo el mundo?

Me quedo pensativa.

—Supongo que yo misma.

Rubén sonríe.

—Ahí está el problema. Estás planteando el asunto como si tu vida fuese una bifurcación romántica, como si el eje de todo fuera Andy, cuando no lo es. Tu eje eres tú misma. Lo que quieres, lo que te hace bien, lo que te suma, la vida que tú quieres construir. El centro de tu vida debes ser tú misma, no los demás.

Me quedo pensativa con el vaso entre mis manos.

—No sé como pensar en mí sin que aparezca él en la ecuación.

—Porque lo estás mirando al revés. No tienes que decidir que hacer con Andy. Se trata de decidir que hacer contigo.

—¿Y si lo que quiero me lleva lejos de él?

Se encoge de hombros.

—Pues te lleva lejos, ya está.

La sencillez en todo su esplendor. Así es Rubén, con una capacidad impresionante de desprenderse de las complicaciones de la vida.

—No es tan fácil.

—Claro que lo es. Tu no le debes a nadie una vida de sacrificio. Y mucho menos a Andy. Te debes a ti misma la oportunidad de ser feliz como tú quieras serlo.

Las palabras se me clavan en el cerebro.

—¿Y si me equivoco?

—¿Por qué crees que los lápices traen en la parte superior una goma de borrar? Siempre podemos borrar los errores y volver a escribir nuestra historia.

El silencio que sigue es denso, pero no incómodo, algo me dice que me está dando la oportunidad de levantarme para un segundo asalto antes de dejarme K.O.

—Andy puede ser un hombre maravilloso, o no. Pero tu felicidad no puede depender de que él encaje o no en tu historia. Tienes derecho a quererlo e intentarlo de nuevo. Y también tienes derecho a quererlo y aun así elegir no volver. Ninguna de esas opciones te define mas que la otra.

—¿Qué me define entonces?

—Tomar la decisión desde el amor propio… Ya lo decía tu admiradísimo Juan Carlos Aragón, «el amor propio es el que vale

más de todos los amores».

La frase me golpea directa en el pecho.

—Pregúntate esto —continúa—. ¿Cómo vivirías tu vida si Andy no existiera? ¿Qué harías ahora mismo?

Cierro los ojos. La pregunta abre un espacio limpio en mi mente. Veo la librería llena de luz, a mi padre más fuerte. Me veo viviendo mi vida con una tranquilidad que no depende de nadie.

Cuando abro los ojos, siento como si el cielo gris vuelve a ser azul.

—Quiero una vida que sentir mía.

Rubén sonríe.

—Pues empieza por ahí, todo lo demás se ordena después.

Comienza a sonar «Paper Cuts» de EXO-CBX en el hilo musical. Salgo del mostrador y lo abrazo.

—Gracias.

—Para eso estoy, para recordarte que la protagonista de tu vida eres tú, los demás somos personajes secundarios.

Me río.

Y mientras lo hago, siento algo que no había sentido hace tiempo: alivio.

No porque tenga las respuestas definitivas.

Sino porque por primera vez en mucho tiempo, he encontrado el camino que tengo que recorrer.

CAPÍTULO 16|
ACTOS DE HUMANIDAD

Calle Arquitecto Acero, Cádiz, 18:00h.

Jimena.

Cádiz late diferente en Semana Santa.

Estoy de pie entre la multitud del Domingo de Ramos, dejándome envolver por todo lo que ocurre a mi alrededor. Veo los cirios encendidos temblando con la brisa y, a lo lejos, el paso avanzando lentamente con su brillo dorado atrapando la luz de la tarde.

El aire huele a incienso espeso y a cera caliente, mezclado con ese perfume limpio de las flores frescas que adornan la imagen y el aroma que trae el viento del mar desde el campo del sur. Escucho el murmullo expectante de la gente mezclado con el sonido de las horquillas de los maniguetas, el redoble grave de los tambores que me retumba en el pecho y las órdenes del capataz mientras los cargadores van avanzando con esfuerzo.

Todo suena solemne y cercano a la vez, y mientras observo y respiro ese instante, siento que el tiempo se estira, como si la ciudad entera latiera al mismo ritmo que la procesión.

Mi padre observa la procesión con una atención tranquila, apoyado ligeramente en mi brazo.

—¿Estás bien? —Acaricio su mano.

—Si mi cerecita, solo… mucha gente.

Asiento, no debería haber salido y menos cuando tenemos un balcón en casa que da directo a la carrera oficial. Pero

cualquiera lo dejaba en casa.

El paso avanza al ritmo de la música, los cargadores se mueven con una precisión casi sagrada.

Entonces lo siento.

El peso de mi padre cambia. Su mano aprieta con una fuerza inesperada. Me giro justo a tiempo para ver como palidece a ritmo vertiginoso.

—Papá…

No responde, siento como le tiemblan las piernas. El ruido de la procesión se aleja de golpe. Todo mi mundo se reduce a su cuerpo inclinándose hacia mí.

Me abro paso a empujones entre la gente arrastrando de mi padre. Si no se mueven por las buenas, se van a mover por las malas.

Y entonces una voz conocida atraviesa el caos.

—Jimena.

Levanto la vista. Andy se está abriendo paso entre la multitud. Llega a nuestro lado y observa a mi padre.

—Hay que sentarlo. Ya.

No discuto, no es momento de orgullo. Juntos lo guiamos hacia un portal. Andy sostiene la mayor parte del peso.

Sentamos a mi padre en un escalón. Andy se arrodilla frente a él tomándole el pulso.

—Gabriel —dice con calma—. Mírame. Respira conmigo.

Su voz es firme. Mi padre obedece, aferrándose a ese ritmo externo.

—¿Ha tomado la medicación?

—Religiosamente, yo me encargo de ello.

Andy asiente.

—Es ansiedad, no debería estar en estos tumultos…

—Lo sé, pero él ha insistido… —Me aferro a la mano de mi padre, sintiéndome profundamente culpable.

—Necesita tomar un poco de agua.

Me levanto de inmediato, pero Andy me detiene sujetándome suavemente del brazo.

—Quédate con él. Yo voy.

Desaparece entre la gente antes de que pueda poner algún impedimento.

Me arrodillo junto a mi padre, sosteniendo su mano. Su piel está fría. Beso su mano y acaricio su rostro.

—Te vas a poner bien…

Andy vuelve en menos de dos minutos con una botella de agua. Se arrodilla de nuevo y ayuda a mi padre a beber pequeños sorbos.

Poco a poco mi padre se relaja y su palidez disminuye y su respiración se estabiliza.

Cuando mi padre puede ponerse de pie, Andy lo sostiene de un lado y yo del otro.

—Tiene que volver a casa.

Andy asiente.

—Os acompaño.

No es una oferta, es una orden.

Caminamos despacio, esquivando a la multitud. El sonido de la procesión sigue retumbando por las calles estrechas, pero mi atención esta completamente volcada en mi padre.

No hablamos, no hace falta.

Cuando llegamos a casa, le sitúo a mi padre su butacón en el balcón, lo sentamos y le pongo la manta en las piernas. Le acomodo un cojín para que esté mas cómodo y le pongo su jarra de agua y su vaso en la mesita auxiliar.

Andy le revisa el pulso.

—Está estable, pero que descanse. Quedaos en casa tranquilos y que no se sobresalte.

Mi padre lo mira con gratitud.

—Gracias, hijo.

Andy sonríe.

—No hay de qué.

Este silencio que sigue es diferente a los anteriores. No está cargado de tensión, es algo más simple: humanidad.

Acompaño a Andy a la puerta.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecer. Me alegra que se encuentre mejor. Intenta que no haga esfuerzos, aquí puede ver los pasos sin el agobio de las aglomeraciones.

Asiento.

—Así lo haremos.

Andy abre la puerta.

—Que tengas buena tarde, Jimena.

—Tú también.

Cierro la puerta y vuelvo junto a mi padre, me pongo el otro butacón junto al suyo y me pongo una manta en las piernas yo también. Cojo su mano.

Me quedo en silencio viendo las cofradías pasando por debajo de nuestro balcón.

Y entiendo que hay vínculos que no desaparecen. Solo cambian de forma.

CAPÍTULO 17|
LA TREGUA

«La Tacita de las Historias», plaza de la Catedral, Cádiz, 16:00h.

Jimena

Termino de poner unos ambientadores con olor a naranja y canela en las estanterías. He movido las mesas hacia los lados para dejar espacio a las sillas plegables. Esta tarde hay una pequeña presentación de un libro de un autor local. Nada grande. Unas veinte personas mas o menos. Pero para mí se siente como el acontecimiento más importante del siglo.

Es la primera actividad que organizo desde que tomé las riendas de la librería. Mi padre insiste en ayudar, pero le obligo a quedarse en casa.

Meto en una neverita pequeña algunas bebidas para ofrecer a los asistentes mientras suena en Spotify «Stand by me» de Forestella.

Suena la campanilla y levanto la vista esperando a los primeros asistentes. Para mi sorpresa es Andy.

Se queda en la puerta un segundo. Lleva ropa informal. Su mirada recorre la librería reorganizada.

—Hola —dice.

Alzo las cejas.

—Hola.

—No sabía que tenías evento —añade, señalando las sillas.

«No sabía que tenía que darte explicaciones», pienso.

—Es una librería, normalmente los escritores suelen hacer presentaciones en establecimientos de este tipo.

Se hace el silencio de repente. Yo vuelvo a mis labores. Siento su presencia. No invade, pero tampoco se va.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta.

Levanto la mirada.

—Estoy bien.

Y lo estoy, pero esto es demasiado para una sola persona. Andy lo ve, siempre ha tenido esa manía irritante de hacerse el superhéroe.

—Puedo mover esas cajas —Señala al rincón—. Algo me dice que si están ahí es porque pesan.

Aceptar su ayuda no es solo aceptar la ayuda. Es abrirle la puerta y que entre como un elefante en una cacharrería. Pero la librería está a punto de llenarse y el tiempo apremia.

—Vale —claudico—. Gracias.

Andy sonríe y se pone a trabajar sin añadir nada más. Coloca las cajas, endereza los carteles a los que sabe con certeza que no llego…

Trabajamos en paralelo.

No hablamos, solamente intercambiamos indicaciones. Aun así, trabajamos perfectamente coordinados.

Los primeros asistentes empiezan a llegar y a tomar asiento.

Andy se aparta instintivamente hacia un lateral, con la clara intención de marcharse.

—Quédate —le digo antes de pensarlo demasiado.

Me mira, sorprendido.

—¿De verdad?

—Si.

No sé exactamente por qué lo digo, quizá porque sin su ayuda esto no habría salido bien y permitir que se vaya o decirle que se vaya sería muy cruel.

Andy se sienta en la última fila. A pesar de que no le gusta leer, lo veo atento, respetuoso. No busca mi mirada, no reclama mi atención de forma desesperada.

Y eso me permite estar relajada.

Cuando termina, algunos se marchan, otros se quedan charlando. Poco a poco la librería se va quedando vacía y yo me pongo a recoger.

Andy se queda conmigo y me ayuda a limpiar. Algo ha cambiado en el aire. No hay tensión… es, otro tipo de complicidad.

Al cabo de un rato miro el espacio ordenado, todo ha vuelto a su lugar en tiempo récord.

Hago el cierre de caja y cojo mi bolso. Salimos y cierro la reja. Le miro por un instante.

—Gracias.

Se encoge de hombros.

—Me alegro de haber venido —sonríe—. Tu padre debe estar orgulloso.

—He tenido que obligarle a quedarse en casa. Insistía en venir a toda costa.

Andy sonríe.

—Jimena —dice—. Me gusta verte así, haciendo esto.

No hay segundas intenciones. Es una afirmación limpia.

Eso me tranquiliza.

—A mi también.

Sonríe.

—Buenas noches —dice finalmente.

—Buenas noches.

Me giro y comienzo a caminar hacia mi casa, con la firme convicción de que este acontecimiento me va a traer dolores de cabeza. Pero también convencida de que sabré sortear cualquier obstáculo.

CAPÍTULO 18|
UNA PUERTA ENTREABIERTA

«La Tacita de las Historias», plaza de la Catedral, Cádiz, 21:00h.

Jimena

La campanilla de la librería suena cuando estoy cerrando la caja. No levanto la vista en seguida, supongo que será algún cliente rezagado. Pero el silencio es demasiado cargado.

Miro.

Andy está en la puerta.

Ha venido buscando algo.

—Estoy cerrando.

Andy asiente.

—Lo sé, ¿podemos hablar un momento?

Ahí viene el elefante de la cacharrería.

Miro el reloj instintivamente, ha elegido este momento porque no puedo esconderme detrás de un «tengo prisa».

«Valor y al toro Jimena», pienso.

—Solo un momento.

Se acerca lo suficiente para poder hablar sin alzar la voz, aunque manteniendo una distancia respetuosa.

—No voy a darte un discurso, ni a pedirte nada que no quieras darme. Solo necesito decirte algo.

Le miro con atención.

—Quiero recuperarte.

No lo dice con dramatismo, es simplemente una declaración de intenciones.

No esperaba que fuese tan directo. Esperaba rodeos, disculpas, promesas vacías. De todo, menos esto.

—No hablo de retomar lo que teníamos, hablo de empezar de cero.

No es una exigencia, es una oferta.

Mi pecho se llena de aire que no sé cómo soltar.

—Andy…

—Déjame terminar, por favor —me detiene—. Sé que te hice daño. No voy a justificarlo, ni a pedirte que lo olvides. Solo quiero que sepas que he cambiado. No en el sentido superficial de la palabra. No puedo demostrarlo con palabras, solo con tiempo. Con paciencia. Y estoy dispuesto a esperar el tiempo que haga falta.

Se hace un silencio muy denso. Un silencio que no sé como romper.

—No te pido una respuesta ahora. Solo… una oportunidad de intentarlo, de hablar, de conocernos de nuevo sin la sombra de lo que fuimos.

La centrifugadora de mi mente vuelve a girar a toda velocidad. Trae recuerdos, miedos y siento el peso de cada uno caer sobre mí.

—No sé si puedo.

—No tienes que saberlo hoy, solo dime si estás dispuesta a considerarlo.

Cierro los ojos un segundo y respiro profundamente.

Cuando los abro le miro.

—Puedo considerarlo, pero no te prometo nada.

Andy sonríe.

—No te pido promesas. Gracias por considerarlo —Sonríe—. Te dejo cerrar tranquila.

Camina hacia la puerta, antes de salir se gira y me mira.

—Buenas noches, Jimena.

—Buenas noches.

La puerta se cierra tras él.

Apoyo las manos en el mostrador y respiro hondo.

No he dicho que sí. No he dicho que no.

Pero le he dejado una rendija abierta.

Y esa rendija deja pasar una luz que no se si me tranquiliza, o por el contrario, me asusta.

CAPÍTULO 18|
UNA PUERTA ENTREABIERTA

Calle Montañés, residencia de Gabriel y Jimena, Cádiz, 23:00h.

Jimena

Entro en casa sin hacer ruido. Mi padre ya duerme.

Apago la luz del salón después de asegurarme que ha cenado y que se ha tomado su medicación.

Me acerco a su habitación y le arropo bien, me aseguro de que está todo en orden y él está bien.

Me meto en mi habitación y me siento en la cama sin encender la luz. Cierro los ojos, volviendo otra vez a esas palabras.

Hubiese sido más fácil rechazarle si me hubiese intentado convencer con castillos en el aire. Pero no, tenía que madurar en ese mismo instante.

Me tumbo mirando al techo.

¿Quiero darle esa oportunidad?

Mi respuesta es inmediata. No.

La palabra aparece inmediata y claramente. No porque no le quiera. Sino porque el recuerdo del dolor sigue presente. No duele, pero existe. Y eso es algo que no voy a ignorar.

Confiaba en él. Y para mí, eso es la raíz de todo.

La confianza es un pilar fundamental en cualquier relación, amorosa, de amistad, de familia… la que sea.

Es algo completamente indispensable. Y cuando se rompe, por mucho que intentes recomponerlo, nunca queda igual.

Él dice que ha cambiado. Pero no estoy dispuesta a hacer un acto de fe. Creer que alguien ha cambiado no borra el miedo de volver a depositar algo sagrado en sus manos.

Ahí está el núcleo de mi resistencia. No es castigo, no es orgullo. Es autoprotección.

Rubén tenía razón.

Mi vida no puede girar en torno a él, pero forma parte de mi historia. Negarlo sería mentirme. La cuestión no es si existe, es qué lugar le voy a permitir ocupar.

No quiero volver.

No quiero confiar.

El amor que dice sentir no es suficiente para reconstruir lo que él mismo rompió.

Puedo considerarlo, vale. Pero considerar no es prometer.

Pero si doy un paso hacia él será desde la elección consciente.

Tiene que ser porque yo quiero.

No porque él lo desee.

No porque él me lo pida.

No porque me invada la nostalgia de lo que fuimos.

Cierro los ojos.

No estoy convencida, pero la decisión no tengo por qué tomarla ya.

No voy a apresurarme.

Por ahora, la lentitud es la forma mas honesta de cuidarme por primera vez en mi vida.

CAPÍTULO 19|
EL MOMENTO DE ENTENDERLO

Cafetería «La Clandestina», Cádiz, 17:00h.

Jimena

Acepto la cita casi por inercia.

Andy me lo propone dos días después de esa conversación, cuando fui por las medicinas de mi padre.

Me preguntó y le dije que sí… y sinceramente, no sé por qué.

Ahora estoy sentada frente a él en una cafetería.

La tarde se ha puesto lluviosa y el aire está un poco cargado.

Andy ha elegido el lugar un poco por la cercanía de mi casa y se lo agradezco, si mi padre necesita algo no estoy lejos y puedo ir a atenderle.

Andy sonríe al decir algo que no termino de escuchar.

—¿Perdona? —pregunto.

—Que me alegra que tu padre se encuentre mejor.

Asiento.

—Si, hay días en los que está algo más cansado, pero supongo que es algo normal.

Bebo un sorbo de té y le observo. Está relajado, o al menos eso parece. Sus gestos siguen siendo los mismos: la forma en la que coge la taza de café, como inclina la cabeza cuando escucha…

Sin embargo, algo dentro de mí no es como antes.

No es rechazo. No es incomodidad. Es como si una parte de mí lo mirase desde otro punto de vista.

Hablamos de cosas cotidianas. La librería, la salud de mi padre, del trabajo. La conversación fluye de forma natural. Hay momentos incluso en los que me vuelvo a sentir a gusto con él.

Pero siento una ausencia.

No hay electricidad bajo mi piel. No hay ese nudo en el estómago. Hay… cariño. Un afecto limpio y templado.

Le quiero. Le sigo queriendo. Pero no como antes.

La revelación llega como un golpe.

Miro a Andy y busco en mi interior a esa Jimena de antes. La que tenía el impulso de tocar su mano, de acortar nuestra distancia física y de sentirme protegida en sus brazos.

Pero no lo encuentro.

Lo que siento es ternura. No hay deseo de volver a habitar ese espacio como pareja.

Y entenderlo me produce una mezcla de alivio y tristeza.

Alivio porque mi confusión se aclara.

Tristeza porque sé lo que Andy espera de esta cita.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En nada importante.

Miento descaradamente.

—Siempre frunces el ceño cuando piensas en algo importante.

Ese gesto me arranca una sonrisa.

—Recuerdas demasiadas cosas.

—De ti.

La frase cae con una intimidad que en otro momento me hubiese estremecido, pero ahora la recibo con calidez. Con una ternura diferente.

Salimos de la cafetería, parece que el día nos da una tregua y ha salido un poco el sol.

Caminamos un poco por los alrededores cercanos a mi casa.

Andy roza mi mano accidentalmente. El contacto es breve y mi cuerpo registra el calor, pero nada más.

No hay corriente.

Y en ese instante lo sé con una claridad que no admite negociación: la parte de mi que lo amaba como pareja ha cambiado de forma irreversible.

No ha desaparecido, solo se ha transformado en algo más sereno, más fraternal.

—Me alegra que hayas venido —dice en voz baja.

Lo miro. Sus ojos tienen una esperanza contenida que me sobrecoge.

—A mí también.

Y es verdad. Me alegra haber venido para ver esto, para sentirlo. Confirmar que mi interior no es el mismo.

Me acaricia el pelo con una atención que reconozco demasiado bien.

—Jimena, he pensado que podríamos…

—Andy —le interrumpo—. Me importas mucho… y estoy agradecida de que estemos aquí, de verdad.

La esperanza en sus ojos se intensifica a la velocidad de la luz. Y eso hace que las palabras que voy a pronunciar a continuación me duelan aún sin haberlas pronunciado.

—Pero algo en mí ha cambiado. Te sigo queriendo, pero no como pareja.

Veo el impacto en su rostro. Pero no es un impacto dramático, es comprensión que lentamente se instala en él.

—No sé explicarlo mejor, todo ha cambiado.

Andy mira al infinito. Sus manos se tensan, pero luego se van relajando poco a poco.

Durante varios segundos, que se me hacen interminables, el silencio inunda el espacio que hay entre nosotros. Pero cuando vuelve a mirarme, sus ojos están mas tranquilos.

—Gracias por decírmelo así —dice en voz baja—. No voy a fingir que no duele, pero prefiero la verdad a cualquier esperanza falsa.

Respiro hondo, por una parte, aliviada, pero por otra con un enorme sentimiento de culpabilidad.

—Lo siento.

Niega suavemente con la cabeza.

—No tienes que sentirlo. No puedes obligarte a sentir algo que ya no está solo por complacerme —dice esbozando una leve sonrisa—. Me alegro de haberlo intentado.

Caminamos de vuelta sin hablar mucho. Cuando nos despedimos, no hay abrazo, ni promesas ambiguas. Solo un gesto sencillo, humano. Un «cuídate» que pone punto final a una historia de amor que no pudo ser.

Mientras le veo alejarse, siento en mi interior una certeza serena. No he perdido algo, he encontrado la forma mas sana de cerrar una etapa. Y, aunque duela, esa claridad es un acto de amor hacia ambos.

CAPÍTULO 20|
LA FORMA TRANQUILA DE DECIR ADIÓS

Plaza Fragela, Gran Teatro Falla, Cádiz, 18:00h.

Jimena

El duelo no llega como esperaba.

No hay lágrimas, ni noches en vela. Llega como una marea tranquila que sube despacio y ocupa el espacio sin romper nada.

Las semanas siguientes al último día que vi a Andy transcurren con normalidad. Abro la librería cada mañana, ordeno libros, recibo novedades, las cuelgo en redes sociales, hago comentarios, reseñas sobre las obras que voy leyendo… la rutina me envuelve con una suavidad protectora.

Siento paz al recordar la forma en que aceptó mis palabras in intentar retenerme, ni convencerme de lo contrario.

Nuestra historia no terminó en gritos ni reproches. Terminó en una conversación honesta entre una persona que debía madurar emocionalmente y otra que había elegido el camino del autocuidado.

Y eso, es lo que me consuela.

El duelo no es por la pérdida de un futuro. Es por la despedida de una versión de mí que existió a su lado. La chica que creía que el amor era una línea recta hacia delante de la mano de otra persona.

La mujer que soy ahora aprendió que el amor también puede ser a uno mismo. Que no estamos sometidos a los estándares sociales. Una persona no tiene por qué cumplir con una misión obligatoria en el mundo.

Una mujer no tiene por qué tener como objetivo en la vida casarse, formar una familia y entregarse por entero al cuidado de los demás.

La decisión de cuidarse y escucharse también es una forma de amar. Amarse a uno mismo y a la gente que le rodea.

Para ser feliz con los demás, primero tienes que ser feliz contigo.

Para convivir y relacionarte con la gente, primero tienes que aprender a convivir contigo mismo.

Amarse a uno mismo, respetarse, escucharse… No es un lujo que te puedas permitir… es un deber y una obligación que debes cumplir.

Mientras me levanto y camino de vuelta a casa, entiendo que el final de una historia no siempre es una puerta que se cierra.

A veces, es una ventana que se abre.

Y yo estoy lista para recibir la luz que proviene de esa ventana.

EPÍLOGO

Años después, la librería respira como un organismo vivo.

Las estanterías han oscurecido con el tiempo, la madera pulida por miles de manos que han buscado historias entre sus filas. La luz de la mañana entra en ángulo por el escaparate dando un aspecto cálido y hogareño al local.

Jimena vive entre los libros con monotonía y tranquilidad. Coloca un volumen en su sitio exacto, endereza otro, pasa la yema de los dedos por un lomo como si saludara a un viejo amigo.

La librería es su hogar en el sentido más profundo de la palabra.

Después de la muerte de su padre, el silencio de la casa fue un abismo que aprendió a cruzar despacio. Hubo días en los que el duelo le pesó como una piedra. Pero nunca estuvo sola del todo. Los libros sostuvieron una conversación constante con su interior, una corriente subterránea de voces que le recordaban que la vida adopta muchas formas y que la soledad no siempre es ausencia.

Con el tiempo, Jimena dejó de medir su felicidad en función de lo que faltaba. Aprendió a mirarse con una ternura que antes reservaba para los demás. Se aceptó en su quietud, en su independencia elegida, en su amor profundo y exclusivo por ese universo de papel que había heredado y transformado.

No volvió a tener pareja.

No por miedo ni por rechazo, sino porque descubrió que su plenitud no exigía compañía romántica. Su vida se llenó de rutinas que le pertenecían por completo: el té de la mañana entre

estanterías, las conversaciones con clientes habituales, las presentaciones de libros que convertían la librería en un pequeño refugio colectivo.

Es feliz.

No con una felicidad estridente, sino con una serenidad sólida que se ha asentado en su interior como una certeza.

La campanilla de la puerta suena.

Jimena levanta la vista con una sonrisa automática.

—Buenos días.

El hombre que entra sostiene la puerta para que pase un niño de unos ocho años. El pequeño mira alrededor con los ojos muy abiertos, absorbiendo el espacio con una curiosidad vibrante.

Andy tarda un segundo en reconocerla.

Y en ese segundo, el tiempo no se detiene. Solo se pliega suavemente sobre sí mismo.

—Hola, Jimena —dice.

Su voz es más grave que en sus recuerdos, marcada por años que han dejado huellas invisibles. Hay canas discretas en sus sienes. Su postura conserva algo de la firmeza que ella conoció, pero también una fatiga leve, como si hubiera aprendido a cargar con sus propias decisiones.

Jimena siente el reconocimiento asentarse en su pecho sin sacudirla.

—Hola, Andy.

Su sonrisa no es forzada. Es limpia. La de alguien que ha integrado el pasado sin necesitar borrarlo.

—Él es Mateo —añade Andy, apoyando una mano en el hombro del niño—. Quiere un libro de aventuras.

Mateo la mira con una mezcla de timidez y expectación.

—Tenemos muchos —dice Jimena, inclinándose a su altura—. ¿Te gustan los piratas? ¿O los dragones?

Los ojos del niño se iluminan.

—¡Dragones!

Ella ríe suavemente y lo guía hacia una sección colorida.

Andy los observa desde unos pasos atrás.

Ha pasado por dos matrimonios fallidos desde que Jimena salió de su vida. El segundo divorcio aún es reciente, una cicatriz fresca que ha aprendido a aceptar de forma madura. Mateo es la única certeza inquebrantable en su mundo, el ancla que le da dirección a sus días.

Y, sin embargo, al ver a Jimena, siente la huella intacta de lo que fue.

No es dolor. Es una melancolía serena, una conciencia de que algunas personas dejan marcas que no se borran, solo se integran en la arquitectura del alma.

La ve hablar con su hijo con una paciencia luminosa, recomendándole historias con un entusiasmo genuino. Jimena parece… en casa. Completa en su propio eje.

Y eso le produce una paz inesperada.

Porque entiende, con una claridad que solo dan los años, que su felicidad no dependía de retenerla. Dependía de que ella encontrara el lugar donde podía florecer.

Mateo regresa con un libro apretado contra el pecho.

—Este —anuncia.

Andy sonríe.

—Buena elección.

Se acercan al mostrador. Jimena pasa el libro por la caja con movimientos tranquilos. Sus dedos rozan brevemente los de Andy al entregarle el cambio. El contacto es neutro, desprovisto de electricidad.

Pero lleno de reconocimiento.

—Es una librería preciosa —dice Andy.

Jimena alza la vista.

—Gracias.

Hay un silencio breve, cómodo.

—Te veo muy bien —añade él.

Y en esas palabras no hay nostalgia posesiva. Solo una verdad sencilla.

Jimena asiente.

—Tú también.

Mateo tira suavemente de la mano de su padre, ansioso por empezar a leer. Andy sonríe.

—Tenemos que irnos.

Se inclina ligeramente hacia Jimena.

—Ha sido… bueno verte.

—Igualmente.

No hay promesas de volver a quedar. No hay intentos de prolongar el momento. Solo una despedida honesta entre dos personas que compartieron una historia y supieron dejarla ir.

Andy sale con su hijo de la mano. La campanilla suena otra vez. La puerta se cierra.

Jimena los observa a través del escaparate mientras se alejan por la calle. No siente pérdida. Siente gratitud.

Por lo que fue. Por lo que es.

Un cliente entra pocos minutos después. La conversación continúa. La vida sigue su curso.

En algún lugar de la ciudad, Andy camina con su hijo y siente una tranquilidad similar. La huella de Jimena permanece en él como una parte esencial de su historia, pero ya no duele. Es un recordatorio silencioso de que el amor puede transformarse sin desaparecer.

Y en esa transformación, ambos han encontrado su forma de paz.

Jimena sonríe mientras coloca un libro en su sitio.

El mundo no es el que imaginó cuando era joven.

Es mejor.

Porque es real.

FIN

SOBRE LA AUTORA.

Gloria Contreras (El Puerto de Santa María, 1989) es escritora, diseñadora y creadora de contenido creativo. Es la fundadora y alma mater de Perséfone Imagen y Diseño, un estudio especializado en diseño de cubiertas, portadas interiores, booktrailers e imágenes promocionales para autores y editoriales

independientes, donde combina estética visual y narrativa para potenciar proyectos literarios.

En el ámbito literario, ha publicado el título La Melodía de las Palabras y en mayo verá la luz su primera novela de misterio, Con cariño para Elena, con la que consolida su apuesta por historias cargadas de atmósfera, emoción y profundidad psicológica.

Paralelamente, desarrolla su faceta más intensa y emocional bajo el seudónimo Lilith Belladonna, con el que explora el erotismo y el romance. Bajo este nombre ha publicado la antología Hallarás la Goria.

ARMY de corazón, Gloria encuentra en BTS una fuente constante de inspiración creativa y emocional. Su música, su mensaje y su universo artístico influyen en su sensibilidad narrativa, en su forma de entender el arte y en su conexión con comunidades creativas y fanmade. Esta pasión también se refleja en muchos de sus proyectos artesanales y contenidos digitales, donde el amor por el grupo forma parte esencial de su identidad personal y artística.

Apasionada del Carnaval de Cádiz, lleva siempre en el corazón el legado de Juan Carlos Aragón, al que considera una de sus grandes referencias culturales y emocionales, por su manera de contar verdades a través de la música, la poesía y la crítica social.

Amante de la cultura asiática, el anime y el arte fanmade, combina estas influencias en su universo creativo. En el ámbito manual y artístico, disfruta creando piezas inspiradas en la cultura asiática que comparte en su perfil Saiki Creaciones.

Actualmente vive en su pequeño piso junto a su pareja, Antonio, a quien considera su superhéroe personal y su mayor apoyo. Sin él, reconoce que no sería la persona ni la creadora que es hoy. Junto a ellos también reina Momo, su inseparable Yorkshire y verdadero rey de la casa. Entre palabras, diseño, fandom y creatividad, Gloria continúa construyendo un camino

propio donde la narrativa, el arte visual, el amor y la pasión por BTS y los libros caminan de la mano.